

REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 5

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 8 DE ENERO DE 1923

No. 16

Washington y Centro América

POR JACINTO LOPEZ

LA conferencia de repúblicas centro-americanas convocada por el Gobierno de los Estados Unidos para reunirse en Washington en diciembre, difiere en orígenes, en métodos, en propósitos, en carácter y en espíritu, de la que se celebró en la misma ciudad en 1907 bajo la Administración del Presidente Roosevelt. Es muy importante establecer este hecho para que no se crea, como a primera vista pudiera parecer, que esta segunda conferencia sigue el antecedente de la primera, o guarda alguna tradición o relación con ella, o que tienen entre sí las dos algo común o siquiera semejante.

Mucha agua ha corrido debajo del puente desde 1907. Están de por medio las Administraciones de Taft y de Wilson, que para Centro América y las repúblicas del Caribe fueron catástrofes. Después de la destrucción de Nicaragua como nación, consumada por Taft y por Knox del modo más grotesco y brutal; después de la infame invención, por estos dos grandes malhechores, de la llamada diplomacia del dollar como un pretexto o como un instrumento para sus siniestros fines de esclavización y ambición de las repúblicas centroamericanas; después de las tentativas de aplicación a Honduras de esta inhumana y cobarde política en 1910; después de la pasividad y el silencio de los gobiernos centroamericanos, salvo el de El Salvador, ante la invasión y la conquista de Nicaragua por los filibusteros Taft y Knox en 1912; después de la escandalosa intervención de estos mismos malvados piratas para derribar el Gobierno establecido en Nicaragua y hacer triunfar una revolución de traidores aliados con Washington para hacer de Nicaragua un feudo de los lobos políticos de Washington y de los lobos financieros de Wall Street, sin la más tímida protesta siquiera de los pueblos centroamericanos hermanos del pueblo nicaragüense y cuyos gobiernos quedaban de hecho sometidos al mismo régimen bárbaro puesto en práctica para suprimir al de Nicaragua y abrir el camino a la invasión y a la muerte; después de Wilson,

que continuó y consolidó la obra criminal de Taft y de Knox y a la violencia y desenfreno de los procedimientos de estos perversos, agregó el dolo y la perfidia de sus promesas en el último año de su gobierno para engañar al pueblo de Nicaragua, como engañó al de Cuba, y perpetuar el predominio de la horda que tiraniza y explota a Nicaragua de concierto con los banqueros y demás vampiros americanos, sostenidos todos por Washington; después de la presencia permanente en Managua, desde 1912, de una fuerza militar americana para proteger a los opresores nacionales y extranjeros del pueblo nicaragüense; las relaciones entre Washington y Centro América carecen de toda decencia, de toda nobleza y de toda dignidad; porque toda base de derecho, de justicia, de uso reconocido, de respeto recíproco, de amistad genuina, de igualdad, de personalidad, ha sido total e ignominiosamente destruída en el desbordamiento y la locura del imperialismo personal, presidencial e irresponsable de los hombres que han ejercido el poder en Washington en los últimos doce años, es decir, desde Taft.

Las cinco repúblicas existían plena y positivamente como naciones soberanas e independientes en 1907. La conferencia de ese año en Washington fué la expresión más real y más cabal de esta existencia. La conferencia fué genuinamente centroamericana desde su iniciativa y Washington no hizo sino ofrecerle su hospitalidad. Los gobiernos y los pueblos que aceptaron esta hospitalidad no habían sido ultrajados ni supeditados por Washington como lo han sido después y pudieron con toda dignidad y toda libertad venir a Washington y deliberar entre sí sobre sus propios asuntos e intereses bajo los auspicios de un Gobierno que les había dado las más claras pruebas de sincera amistad y de leal solicitud por los bienes que les eran más caros, la paz y las buenas relaciones entre ellos mismos; y que había puesto además el mayor empeño y la mayor constancia en afirmar el hecho de que su cooperación, en las circunstancias en

que era ofrecida, era puramente amistosa y su función se reducía a secundar por los medios lícitos y posibles los deseos y designios de los gobiernos concurrentes, con los cuales estaba en perfecto acuerdo.

Peró las cosas han cambiado radical y desastrosamente. Taft y Knox y Wilson degradaron y abatieron a los gobiernos centroamericanos hasta el punto de anonadarlos y reducirlos a la triste condición de gobiernos nominales, que no existen sino por la voluntad, o el capricho, o la tolerancia de Washington y cuyos ocupantes puede Washington quitar o poner según convenga a las pasiones y los intereses personales de los hombres que gobiernen en Washington o a las concupiscencias del imperialismo americano según a ellos se les antoje interpretarlo. Un cablegrama de Hughes fué suficiente para paralizar la acción constitucional del Gobierno de la Federación Centroamericana en diciembre de 1921, y garantizar en consecuencia la impunidad y la estabilidad de la traición de Orellana en Guatemala. Un telegrama de Washington, una declaración del Ministro americano en una de las cinco ciudades capitales, no importa en qué ocasión, basta para detener el curso de las cosas en aquella región, o cambiarlo, o determinarlo, o precipitarlo. Washington es hoy supremo allí, su supremacía se ejerce sin miramiento, ni escrúpulo, ni forma alguna de decoro y de buenas maneras; y aquellos gobiernos, sin base alguna en la opinión de sus pueblos (excepto apenas Costa Rica) y presididos generalmente por hombres débiles e incapaces, tiemblan de miedo a Washington, viven bajo el terror de Washington y todo su esmero es lograr que Washington perdone y los deje vivir.

Nada podría ser más elocuente en la ilustración de la diferencia entre 1907 y 1922 cuanto a la situación internacional en Centro América entonces y hoy y la degeneración que han sufrido las relaciones políticas entre aquellos gobiernos y Washington desde Taft, que la impotencia de los esfuerzos del Presidente Roosevelt para impedir que Zelaya llevara la guerra a Honduras en marzo de 1907. Roosevelt no mostró por esto enojo alguno contra Zelaya; y no sólo no se negó a reconocer el gobierno provisional del

General Dávila surgido en Honduras como resultado de la invasión y el triunfo militar de Zelaya, sino que no tardó en reconocerlo en interés de la paz y de acuerdo con la opinión del Gobierno de México, previamente consultado al efecto.

Esto no sería hoy posible; y a la luz de la situación tal como existe y como comenzó a formarse desde la caída de Zelaya, derribado por Washington, parece inverosímil. El propio Zelaya, que en 1907 tuvo el valor de seguir su camino, a pesar de Roosevelt, que no se oponía sino que simplemente intercedía como amigo, no lo tuvo para sostener su gobierno y defender la dignidad y la soberanía de su patria contra el asalto de Washington bajo Taft y Knox en 1909, y en un momento de cobardía y de ruín abandono de sus más sagrados deberes en la oportunidad más preciosa que puede presentársele a un hombre en su posición en toda la vida para salvar con su firmeza a su patria de los más grandes peligros y eternizar un noble y fecundo ejemplo en la historia, huyó ignominiosamente de su puesto de honor y de acción, dejándolo a otras manos, que no sabrían tampoco mantenerlo y que cederían a su turno el paso a las legiones de la traición y el saqueo bajo el terror de las amenazas, las transgresiones, los desmanes y las coacciones de Washington.

En Centro América no se han dado cuenta de lo que significa la caída de Zelaya empujado por Washington. No ha ocurrido sin embargo en la América un acontecimiento tan trascendental ni tan funesto como éste para la causa de la moral, del derecho, del orden internacional, de la soberanía, la independencia, la libertad, la seguridad, la integridad, la existencia de los países centroamericanos.

* *

En los comienzos de este siglo reinaban supremos en Centro América tres despotismos personales, el de Zelaya en Nicaragua, el de Estrada Cabrera en Guatemala y el de Regalado en El Salvador. Estos tres opresores recelaban unos de otros y se odiaban entre sí. Regalado detestaba a Estrada Cabrera y estaba siempre pronto a la provocación y el insulto. Estrada Cabrera odiaba cordialmente a Zelaya, quien a su vez odiaba cordialmente a Estrada Cabrera. Estos rencores, en realidad inmotivados y medioevales como el régimen que cada uno de ellos personificaba en su respectivo país, eran activos y agresivos y se resolvían en guerras entre los pueblos que oprimían. Regalado murió en una de estas guerras estúpidas.

En junio de 1906, los ejércitos de Regalado y Estrada Cabrera, fuerte

de doce mil hombres cada uno, se hallaban frente a frente en la frontera. La guerra era inminente. El Ministro americano, Mr. Merry, interpuso sus esfuerzos en El Salvador y en Guatemala para evitarla, pero pronto se persuadió de que eran vanos porque Regalado quería la guerra a todo trance y había penetrado ya en territorio de Guatemala. El Secretario de Estado, Mr. Bacon, ordenó a Merry que persistiera a pesar de todo en sus esfuerzos por la paz, pero le advirtió (julio 11, 1906) que «tuviera gran cuidado de no amenguar de ningún modo los derechos soberanos» de los dos gobiernos.

Para mediar en el conflicto, Washington, desconfiando de la eficacia de su esfuerzo aislado, solicitó el concurso de México. El Gobierno de los Estados Unidos, dijo Mr. Bacon al Embajador en México, Mr. Thompson, «está ansiosísimo de hacer cuanto sea posible para preservar la paz, pero esto es evidentemente imposible sin la activa cooperación del Gobierno de México», y ordenaba al Embajador que a nombre de Roosevelt dijera al Presidente de México «que deseando ardientemente el Presidente contribuir a evitar la guerra en Centro América, quería confiar principalmente en el consejo del Presidente Díaz».

La oportuna muerte de Regalado, en julio, facilitó y abrevió la obra de reconciliación, lo que prueba que la guerra no tenía objeto. Roosevelt y Díaz se dirigieron por cable a los Presidentes de Guatemala y El Salvador, en sendos despachos, concebidos en el espíritu del más perfecto respeto por la dignidad y los derechos de ambos gobiernos. Ofrezco, agregaba el cablegrama de Roosevelt, «la cubierta del vapor de guerra americano *Marblehead*, que en estos momentos navega hacia la costa de El Salvador, como un lugar neutral donde los representantes de Guatemala y Salvador puedan reunirse a considerar términos de paz, después de pactar un armisticio». Este despacho concluía con la siguiente declaración: «Mi acción tiene la plena aprobación del Gobierno de México». En un telegrama posterior, Bacon dijo a Thompson que Roosevelt «estaba deseoso de apoyar al Presidente de México en lo que éste hiciera» para mantener la paz en Centro América.

Como una prueba de la delicadeza y el tacto con que éstas gestiones se hacían por parte del Gobierno de los Estados Unidos, y del vigilante esmero que ponían en no dar motivo alguno para que se desconfiara o se sospechara de sus móviles, citamos expresamente aquí un despacho de Bacon para el Ministro Merry en El Salvador en que le instruye «que explique, si es necesario, que el ofrecimiento del *Marble-*

head como punto neutral de reunión se ha hecho con la mira de resolver cualquiera posible dificultad en la reunión de los representantes de los dos gobiernos, y no excluye cualquier otro medio en que puedan ejercerse los buenos oficios del Presidente».

Las condiciones del armisticio se arreglaron por conducto del Presidente Díaz, de México. La Conferencia de paz se verificó a bordo del *Marblehead*, en las aguas de San José de Guatemala. Concurrieron a ella El Salvador, Guatemala y Honduras como aliado de El Salvador. Por iniciativa de El Salvador, los gobiernos de México y Estados Unidos estuvieron representados en la conferencia con carácter «simplemente amistoso y consultivo y como evidencia de la buena voluntad y cordial cooperación de parte del Presidente de México y del Presidente Roosevelt». (Bacon a Merry, julio 17, 1906).

El 20 de julio se firmó el tratado de paz, cuyo texto es otra prueba de que la guerra no tenía objeto. Las cosas volvían simplemente al estado en que estaban antes de la guerra. El artículo quinto establecía el arbitraje para toda clase de diferencias y designaba como árbitros al Presidente de los Estados Unidos y al Presidente de México.

* *

Siete meses de vida contaba la paz del *Marblehead* cuando el flagelo de la guerra hizo de nuevo irrupción en Centro América. Esta vez eran Honduras y Nicaragua; pero Honduras no era sino un accidente. La causa verdadera era el odio incurable entre Estrada Cabrera y Zelaya, separados geográficamente por Honduras y rivales por la misma razón en el empeño de crear y mantener en Honduras una situación política que respondiera a los requerimientos de uno y otro en la lucha incesante del uno contra el otro. Un amigo de Zelaya en el poder en Honduras, era un peligro para Estrada Cabrera, y viceversa, un amigo de Estrada Cabrera en el poder en Honduras era un peligro para Zelaya. Los dos dictadores se temían y se hostilizaban y lo que defendían era la permanencia de su dominación.

En frecuentes conversaciones con los diferentes ministros centroamericanos en esta capital, dijo Root en un despacho (febrero, 1907) al Encargado de Negocios en Costa Rica, Nicaragua y El Salvador, «estamos tratando de elucidar los hechos de la actual diferencia y abrir el camino para una mejor inteligencia en interés de la buena voluntad que imparcialmente deseamos que prevalezca entre ellos».

El 24 de setiembre de 1906, dos meses después del pacto del *Marblehead*, El Salvador, Guatemala y Hon-

duras celebraron en San José de Costa Rica otro pacto en que confirmaban el compromiso de arbitraje del tratado de paz; pero el 20 de enero de 1902 Costa Rica, El Salvador, Honduras y Nicaragua habían firmado en Corinto un tratado de arbitraje en el que se estipulaba que los árbitros serían centroamericanos. En 1907, Zelaya se adhirió a la letra de este tratado; y prescindiendo de los pactos del *Marblehead* y de San José, sometió la disputa con Honduras a un tribunal arbitral que se constituyó en El Salvador. Este tribunal dictó reglas previas para los dos gobiernos litigantes que Zelaya se negó a observar, y el tribunal se disolvió. La nube de guerra reapareció. Roosevelt intervino en vano para aconsejar la reconstitución del tribunal. Su despacho argüía de esta manera: «La causa de la humanidad, los beneficios de las relaciones pacíficas por los cuales la prosperidad de cada una de nuestras repúblicas contribuye a la prosperidad de todos, y la amistad que todos sentimos por los dos países inmediatamente interesados, nos inducen a instar por este curso con buena fe y con respeto y estimación». Tampoco en esta ocasión obró solo el Presidente Roosevelt; y el Secretario de Estado, Mr. Root tuvo el cuidado de participar al Presidente de El Salvador que el Presidente Roosevelt había dirigido el anterior despacho «con la concurrencia del Embajador mexicano» y que el Presidente Díaz enviaría despachos en el mismo sentido. Comunicó además el texto del despacho de Roosevelt a Guatemala y Costa Rica, e invitó a estos gobiernos a que enviaran despachos semejantes.

Las negociaciones por una solución pacífica prosiguieron por parte de Roosevelt, Díaz, Guatemala, Salvador y Costa Rica hasta que fueron definitivamente interrumpidas por la invasión de Honduras, por Zelaya. Expulsado Bonilla del poder en Honduras e instalado Dávila en su lugar, la restauración de la paz y la amistad fué la cosa más expedita y rápida del mundo. La guerra había durado poco más de un mes apenas. El 26 de marzo las fuerzas nicaragüenses ocuparon a Tegucigalpa, evacuada el mismo día a toda prisa por las fuerzas del Gobierno de Honduras.

* *

El incendio no estaba empero extinguido todavía y se propagaba a El Salvador, aliado de Honduras. «Una conferencia de paz es absolutamente necesaria para aclarar la situación», telegrafaba de El Salvador el Ministro americano (abril 4). Zelaya propuso una conferencia de paz en Amapala a la que asistirían en persona él y el Presidente de El Salvador, Figue-

roa. Poco después Zelaya se quejaba en telegrama a Roosevelt de que el Presidente de El Salvador había enviado contra Honduras los fugitivos de Bonilla, armándolos y acompañándolos de soldados salvadoreños y que de este modo habían tomado por sorpresa la ciudad de Santa Rosa y ocupado el Departamento de Gracias en creciente número. Protestaba contra estos hechos ante Roosevelt y decía que Guatemala ayudaba secretamente al Salvador en esta empresa.

Sin duda por estas ocurrencias, la idea original de la conferencia entre los presidentes, no se realizó, y asistieron en cambio los Ministros de Relaciones Exteriores de los dos países, José D. Gámez, por Nicaragua, y Ramón García González, por El Salvador.

La paz entre estos dos países se firmó en Amapala el 23 de abril. Roosevelt había ofrecido el vapor de guerra *Chicago*, que había sido enviado a este puerto y se encontraba allí cuando los delegados llegaron; pero la conferencia se celebró en tierra, «porque el Ministro Gámez declaró que había recibido terminantes instrucciones en este sentido». (Brown, Encargado de Negocios, a Root, Secretario de Estado, abril 30, 1907).

«Uno de los más felices resultados de la conferencia», escribió Mr. Brown a Mr. Root (nota citada), «es una apreciación mucho más justa de parte de todos estos países de la amistosa, considerada y justa actitud del Presidente Roosevelt y de los Estados Unidos hacia nuestras hermanas repúblicas de Centro América».

La opinión del Ministro Brown era que el tratado de Amapala podría no efectuar todo lo que de él se esperaba, pero que por el momento ponía término a una muy amenazante situación y serviría de base para una prolongada paz en Centro América».

Por el artículo II de la paz de Amapala, Nicaragua invitaría a los otros países centroamericanos a un congreso en Corinto, «de acuerdo con las proposiciones hechas por los representantes de los gobiernos de estas repúblicas en unión del Secretario de Estado en Washington». Los delegados a este congreso tendrían plenos poderes para celebrar un tratado general de paz y amistad cuya base sería el arbitraje obligatorio y reemplazaría los anteriores tratados de Corinto y San José de Costa Rica.

El tratado por lo demás prueba que la guerra no tenía objeto, que era innecesaria y estúpida, un crimen de los personalismos y los despotismos que han sido el azote de Centro América lo mismo que de todo el continente de países hispano-americanos.

* *

Como todos los anteriores tratados centroamericanos de paz y de arbitraje, este de Amapala, hecho para fundar la paz estable sobre la base del arbitraje obligatorio, fué infecundo o impotente para sus fines; y cuatro meses después Honduras solicitaba el apoyo del Gobierno de los Estados Unidos para el mantenimiento de su neutralidad «en la posible guerra que se espera tendrá lugar entre El Salvador y Nicaragua». (Ugarte, Ministro en Washington, a Root, agosto 18, 1907).

Estos dos países no podían hacerse la guerra sin invadir el territorio de Honduras; e incapaz de hacer respetar por sí misma su neutralidad por los vecinos beligerantes, Honduras recurría a Washington y a México para que la escudaran contra los estragos de una guerra en su territorio contra su voluntad.

Roosevelt estuvo esta vez tan dispuesto y pronto como siempre para ejercer sus buenos oficios en favor de la paz, y sin demora tomó medidas para obtener el concurso del Presidente Díaz, de México. Es muy importante no perder de vista el hecho de que la política de Roosevelt era no dar un paso en estas cuestiones centroamericanas sin ponerse antes de acuerdo con el Gobierno de México y proceder de consuno con él. El no creía su acción decorosa ni eficaz de otro modo; pero lo más precioso en la significación de este sistema era la sinceridad y la generosidad de sus móviles en el escrupuloso respeto a los derechos soberanos y la dignidad nacional de los pequeños Estados y la atenta consideración de la delicadeza y sentimientos de sus pueblos.

México tenía «información positiva», que comunicó a Washington, de que «las hostilidades estaban a punto de comenzar entre aquellas repúblicas por la invasión de Nicaragua por las fuerzas de Guatemala y El Salvador»; y como esto no podía hacerse sino a través de Honduras, la guerra sería general, con la sola excepción de Costa Rica. Roosevelt se dirigió entonces a los gobiernos de las cinco repúblicas. En su despacho (agosto 28), consultado previamente con el Presidente Díaz, habla del pesar que le ha causado saber «la inminencia de una perturbación de la paz», y de los «sentimientos de imparcial amistad» que lo inducen a «cooperar del modo más asiduo con el Presidente de México en prestar amistosa influencia en la causa de la paz y de la humanidad, como se ha hecho antes en casos iguales».

En este telegrama, el Presidente Roosevelt alude al proyecto de Congreso en Corinto según el artículo II de la paz de Amapala, y dice:

«...cordialmente ofrezco los buenos

oficios de los Estados Unidos para el logro de tan benéfico resultado, y me permito asegurar a Vuestra Excelencia mi deseo y voluntad de contribuir al establecimiento de la paz, en completa conformidad con el Presidente de México», El Presidente de México, por su lado, ejercía idénticos esfuerzos.

El Presidente de El Salvador, Figueroa, aceptó específicamente, en su respuesta, la idea de una conferencia de paz. El Presidente de Honduras también. El de Guatemala declaró que se dirigía a los otros gobiernos expresando el deseo de que aceptaran la idea de la conferencia. El Presidente Díaz telegrafió a Roosevelt que el Gobierno de Nicaragua le había comunicado el deseo de que la conferencia se reuniera en México en setiembre. Figueroa, de El Salvador, propuso directamente a Roosevelt que la conferencia se verificara en Washington, «especialmente porque es el punto más adecuado y práctico». El Gobierno de Guatemala estuvo también por Washington. El Presidente Roosevelt escribió a Díaz que su opinión era que la conferencia debía reunirse en México. Un movimiento por la conclusión de un protocolo preliminar relativo a la conferencia, se desarrolló entre los ministros centroamericanos en Washington, a principios de setiembre, probablemente iniciado o sugerido por el Departamento de Estado. Este protocolo se firmó en efecto el 17 de setiembre, por los cinco ministros de las cinco repúblicas, en Washington; y disponía, en cuatro artículos: 1) que una conferencia de plenipotenciarios de los países signatarios, se reuniría, previa invitación que simultáneamente expedirían los Presidentes de los Estados Unidos y de México, durante los primeros quince días del próximo noviembre, en Washington, «con el propósito de discutir los pasos que habían de darse y las medidas que habían de adoptarse para ajustar las diferencias que existan entre dichas repúblicas o algunas de ellas, y con el propósito de concluir un tratado que determine sus relaciones generales»; 2) los Presidentes de las repúblicas centroamericanas invitarían a los de los Estados Unidos y de México a designar, si lo consideraban propio, sus respectivos representantes para que prestaran sus buenos e imparciales oficios en forma puramente amistosa hacia la realización de los fines de la conferencia; 3) mientras la conferencia se reunía y cumplía su misión, los gobiernos signatarios convenían en mantener la paz y las buenas relaciones entre ellos, y a este efecto se comprometían a abstenerse de toda demostración armada en sus respectivas fronteras y a retirar sus

fuerzas navales a sus aguas territoriales; 4) caso de que surgiera entre ellos alguna diferencia antes de la reunión de la conferencia y fuera imposible resolverla por medios diplomáticos, los gobiernos signatarios se comprometían a someter tal diferencia a los «buenos consejos» del Presidente de los Estados Unidos o del Presidente de México, o conjuntamente de los dos Presidentes, según las circunstancias.

La conferencia se reunió el 14 de noviembre y terminó sus tareas el 20 de diciembre. Su saludable influencia pudo verse aún antes de su inauguración. La reconciliación personal que no había sido posible meses atrás entre los Presidentes de Nicaragua y El Salvador, se efectuó sin la menor dificultad el 6 de noviembre, justamente en Amapala; y los dos presidentes, con el de Honduras que también asistió, firmaron un acta en la que relegaron al olvido todas sus pasadas diferencias y restablecieron sus fraternales relaciones.

Los pactos de Washington que fueron la obra de la conferencia de noviembre-diciembre, 1907 — el tratado general de paz y amistad, el tratado adicional, la convención que crea la corte centroamericana de justicia — dieron paz y tranquilidad a Centro América hasta 1909, en que la política del dólar, o sean los empréstitos americanos forzosos y la servidumbre eco-

nómica y política de los países pequeños, destruyeron ignominiosamente la ínclita obra de la conferencia de Washington, llevando a Honduras la guerra civil por dos veces porque su Gobierno se negaba a firmar un contrato de empréstito que Knox quería imponerle para entregar a Honduras a los vampiros de Wall Street; y derribando en un grande escándalo y por medio asimismo de la guerra civil, el Gobierno existente en Nicaragua, porque también se negó a firmar la sentencia de muerte de Nicaragua en otro contrato de empréstito con los banqueros de Wall Street aliados de Washington.

La síntesis es que Nicaragua ha desaparecido como nación; que su pueblo es víctima de la explotación más descarada, más cruel e inhumana por los feroces lobos del capitalismo americano apoyados por Washington; que la corte centroamericana de justicia no existe, eliminada por Washington a través de los traidores de Nicaragua; que el tratado general de paz y amistad de 1907, inseparable de la convención que instituye la corte, y el tratado adicional, han cesado de regir las relaciones entre los países que lo firmaron; y que el orden de cosas fundado por la conferencia de 1907 ha sido substituído por la incertidumbre, el desacierto, el caos, la desconfianza y el terror.

(La Reforma Social, Nueva York).

(Concluirá en el próximo número).

Palabras de un maestro de escuela

Escuelas, caminos...

Nos refieren que en el Congreso, o en algún otro lugar, se ha declarado que hay opiniones capaces de aconsejar la clausura, por algún tiempo, de colegios y escuelas, a cambio de dedicar el dinero nacional que consumen, a construir y reconstruir caminos. Las escuelas pueden ser los mejores caminos, y no en ficción, sino de manera real, puesto que sirviéndole de vehículo a la cultura le sirven de herramienta al progreso en todas sus fases. Pero no lleguemos directamente a las objeciones.

No creemos, en verdad, que haya quien, a sabiendas de lo que diga, pueda emitir pareceres semejantes, ni menos entre diputados o periodistas, por mucho que ellos compartan el derecho de opinar acerca de todo asunto, sin tener la obligación de ser entendidos en ninguno especialmente. Ni podemos creer que lo haya en el actual Congreso, el cual ha aprobado sin alteraciones, ganando así más prestigios, el presupuesto de educación pública; y donde opiniones como la supuesta, ofenderían el esfuerzo de hombres allí presentes, y de otros que lo están

espiritualmente, como manes de la casa de las leyes, a virtud del honor que en vida conquistaron por su actuación de hombres públicos. Alguno de ellos, por cierto, con el lema de «escuelas y caminos» inició una obra eminente de administración.

No creeríamos tampoco que un maestro de escuela, no obstante los fracasos del parlamentarismo, se atreviese fácilmente a declarar, desde las aulas, la conveniencia de cerrar el Congreso para edificar con lo que consume, más y más escuelas y trazar caminos. Y acaso el maestro que lo hiciera sería más prudente que el opinante del caso.

Sí comprendemos y hasta admiramos que un Papini tenga el valor de exclamar: ¡Cerraremos las escuelas! «*Chiudamo le scuole! Codeste pubbliche architetture sono di mal augurio: segni irrecusabili di malattie generale*». Por esto lo comprendemos y admiramos. Su voz clamó no sólo contra las escuelas, sino contra las prisiones, los conventos, los parlamentos, los hospitales, los manicomios, etc., etc. Mas la voz que clamaba era genial y en su estridencia se cernía,

pesimista o radical, pero siempre superior, la ansiedad de una plena renovación social.

Pero esto otro de decir «ciérrense las escuelas», como se diría «cierre el paraguas», apenas es cosa pueril.

¿Por qué darle importancia al decir? Cuando la historia al uso de los cables, nos enseña que el mordisco de un mono en una testa coronada puede plantear un problema europeo, ninguna cautela resulta excesiva ante las cosas nimias. Y estas palabras, a nadie ofendan.

Se asegura con prolija frecuencia que el estado general de la enseñanza es malo. Supongámonos enterados de lo que significa estado general, y pasemos a sugerir ciertas observaciones al respecto.

La afirmación se ha hecho siempre y en toda parte y lugar. Quizá ninguna institución haya sido ni sea tan combatida como la escuela. Lo explican razones concernientes a su naturaleza que, definida o no por la escuela misma como social, es social. La más antigua escuela individualista, en el sentido pedagógico, y la más moderna escuela socializada ocupan, a ese propósito, idéntica posición desfavorable.

La discordancia—que es desequilibrio—entre las finalidades sociales de la escuela y los resultados sociales de ésta, aclara muchas de las causas de la lucha que permanentemente la asedia. El gobierno se encuentra en posición similar y por motivos de la misma índole. Y quizás diríamos que toda institución, dado que siendo la crisis situación de desequilibrio, y siendo éste resistencia constante y necesaria a la final determinación de todo progreso y requisito de la indefinida transmutación del mismo, parece que la lucha contra ellas fuese exigencia del natural comportamiento de las instituciones. (La doctrina sociológica de Mazel, en su afirmación de la sinergia social resulta bien interesante en esta relación).

La historia de la educación muestra a la escuela en lucha incesante. Y se acentúa tratándose de ella el importante fenómeno, porque ninguna institución se refiere más amplia ni directamente a los intereses humanos en cuanto de algún modo son interpretados y en lo que exhiben así de más elevado como de más bajo, dentro de cualquier concepción. Habrá que repetir que el problema de la escuela, como el del hombre, es el hombre. Como al filósofo, nada que atañe al hombre le es extraño a la escuela. En el curso de su vida, siempre instrumento, adicta a las veces a un credo, prosélita de otro, disputada por el Estado contra la Iglesia o por ésta contra aquél, inspirada en una u otra filosofía, por momentos en ninguna, confrontando este problema nacional o estroto problema, desenvolviéndose en un medio así o de otro modo, agitada, en compendio, por el oleaje de todas las mutaciones del pensamiento y de todos los movimientos de la sociedad, en el curso de su vida, queremos decir, la escuela flota como una bandera al azar del viento. Al cabo, es bandera del espíritu!

En su interior, la agitación siempre. As-

piraciones, ideales, dogmas, yerros, verdades, dudas como que lleva en la entraña, cual el titán ladrón del fuego, una vasta tragedia. Para dar la luz había, en cierto modo, que perderla, a semejanza de madre que muere bajo la aurora del hijo recién venido. La escuela para dar luz, la extingue en su seno, y es milagro que al darla no siempre incube en la llama el soplo que la apagará.

La escuela enseña, ¿pero se sabe de toda certidumbre qué es enseñar? ¿Se sabe qué hay que enseñar? ¿Cómo enseñarlo?

Y digamos educar, y estaremos en igual caso. Y, todavía, si intentamos establecer, con pretensión de firme acierto, de que sean, digamos, realmente científicas, las relaciones entre ambos aquellos términos, con las necesarias y correspondientes consecuencias teóricas y prácticas, simplemente habremos logrado formular innúmeros problemas, de variado orden, cuya solución nadie que se tenga por sensato se atrevería a garantizar. Menos en esta hora de la historia del pensamiento. El campo de la educación, solicitado simultáneamente por tantas preocupaciones y tendencias, parece aquel mosaico de las ciencias sociales que se dijo alguna vez. Por supuesto que hay grandes corrientes directrices, pero en disputa de exclusivo dominio, como es natural.

Obsérvese que los más grandes trabajadores de la educación se levantaron, como Rousseau, no a cumplir la tarea de organizar la escuela, sino a tratar de marcarle un rumbo a la sociedad, a resolver sus grandes problemas, a modificar la conducta humana. Y a veces, a la educación los condujo el problema metafísico en alguno de sus postulados fundamentales. En todo caso, ni de él ni de la sociedad pudieron prescindir. Continuadores de gran importancia, pocos hay. Reformadores son los más, si bien una línea tangente a las cumbres de los siglos engazaría, en lo esencial, los más diferentes nombres y obras. No sería extraño que de Comenio a Kerscheustener, por ejemplo, hubiese en el pensamiento mil veces menos distancia que la que hay en el tiempo.

No concebimos una química de tal o cual sabio, extraña a la química conocida. Pero sí, y distanciados con más énfasis que el que establece diferencias entre dos corrientes de investigación científica, concebimos antagónicos y coexistentes tipos de escuela que no vierten su experiencia en un conjunto común. O, si lo hacen, la sedimentación es demasiado lenta para que una ciencia de la educación pueda aprovecharse de los esfuerzos pretéritos, tan certeramente como se puede ir desde este investigador científico, a través de sus antecesores, hasta aquel otro. A más de que existen, por ejemplo, escuelas como la del viejo Tolstoi o como la de Tagore que, desaparecidos ellos, pueden continuar abiertas y llenas de estudiantes, pero sin ser las mismas. Ya que seguramente en ninguna otra zona destaca la ecuación personal, con mayor relieve, su trascendente significado.

Se hace más honda todavía la tragedia,

cuando se piensa que la escuela enseña o ha de enseñar la verdad. ¿Cuál verdad? ¿La verdad azul o la verdad roja? ¿La de ayer o la de hoy? ¿La de Newton? ¿La de Einstein?

¿Deberá detenerse la escuela, mientras la verdad se conquista, como el viajero que espera el alba para continuar la marcha?

¿Habrá de enseñar la duda sistemática, o el «hábito experimental de la mente» de los pragmáticos?

¿Habrá de ir al paso de los palafrenes del pensamiento en incesante rectificación del rumbo, como un piloto?

Cualquiera que haya de ser la conveniente actitud, el adoptarla suscita múltiples y complejos problemas, cuya gravedad tiende a crecer en la medida en que la actitud se estabilice. Ocurre algo semejante en la náutica del aire, donde el aviador al paso que asciende siente crecer su ignorancia, y cuando mayor seguridad requiere menos la posee y más agresivos son los riesgos.

En esta hora la crisis de la educación es mundial. Como que la hora es de grandes crisis. Son muy visibles las razones para que urja precisarlas. En Alemania ha tenido instantes de ser cruenta. En Rusia muéstrase fecunda en mitad de todos los desconciertos. En los Estados Unidos del Norte el problema de la escuela se discute en vastísimas proporciones. En Inglaterra, como en Italia, aparecen bellas tendencias al renuevo. Los reformadores se levantan y exaltan su doctrina aquí y allá, en muchos países, al punto de que casi no sabemos de alguno en que sea insensible la agitación. El propio Einstein ha expresado su juicio acerca del problema educacional en términos que si no presumen señalada novedad, sí aducen nuevo vigor. Y si llegásemos al laboratorio de psicología pedagógica y de pedagogía experimental, pasmaríamos la activa elaboración de progresos más aptos cada día para trascender a la organización de la empresa educacional.

No queremos aludir a la que juzgamos más importante de las formas que la crisis asume entre nosotros, para restar la ocasión de que la lucha personalista asome su odio.

Importábanos hacer notar que hay en el fondo de estos problemas y detrás de ellos, mil y mil otros, de los cuales sólo alcanza a penetrar en el descontento con nuestras escuelas, la censura ciega contra el maestro o el profesor, con la aseveración implícita de que él es el culpable del estado de cosas adversado.

Lo otro sería lo deseable, vale decir, el intento de solución del problema completo, o el intento siquiera de revisión total, para plantearlo, del estado de la escuela. Mas, de ahí, por infortunio, estamos lejos. Los constantes denunciadores del malestar, nunca han sabido pasar de la superficie. Decía un escritor italiano que hay dos clases de lucha en pro de la escuela, la una por la luz, la otra por el repollo. Aquí estamos todavía enredados en la última.

¿Pero para qué volver las armas contra los maestros? Antes preguntémonos, siquiera brevemente, qué alcance tiene la inconfor-

midad con el estado de la enseñanza.

¿Dónde están las investigaciones que permitan señalar la raíz del mal?

¿Cuándo se hicieron? ¿Quién las hizo? ¿Cómo? ¿Qué revelan?

¿Trátase de investigaciones técnicas, o de meras, fragmentarias indagaciones? ¿O se trata de opiniones personales, más o menos vagas, más o menos contradictorias, más o menos interesadas, mas o menos autorizadas?

De otra parte ¿se ha oído a los maestros y se han compulsado sus afirmaciones? ¿Se han leído, oído, discutido sus informes, quejas y opiniones? ¿Se han ensayado los remedios por ellos propuestos?

El público parece ignorar que ninguno, de ordinario, se conforma menos que el maestro con el estado de las escuelas.

Hay angustiosas quejas de los maestros en sus informes. Hay importantes revelaciones de los maestros en sus informes. Hay admirables observaciones, sugerencias fecundas, oportunos intentos de solución.

Y por sobre todo eso hay, en muchos casos, hasta heroicos empeños de remediar el mal.

Existe entonces, se nos dirá. Claro. Y el maestro lo sabe mejor que los demás, y busca con afán, como demarcarle los límites, y, he aquí lo realmente grave, está casi solo contra todos en la faena difícilísima de desarraigarlo. Cómo será de importante, de imprescindible, este aspecto de la cooperación con el maestro, y qué grave será nuestra situación a ese efecto, cuando en los mismos Estados Unidos, donde la cooperación realiza maravillas, lamentaba el Secretario de la Asociación Nacional de Educación, la falta que le hace a la escuela para dar lo que de ella se espera.

¿Saben los impugnadores del maestro cuántas escuelas hay en el país, con cuántos niños y en qué condiciones físicas, mentales, morales, sociales, con cuántos maestros, con cuáles obstáculos, de toda especie, dentro y fuera del aula, localizados en el niño, en el hogar, en la comunidad, en la Junta de Educación, en la administración escolar, etc., etc., etc?

No. Inculpar al maestro y sólo al maestro es un error monstruoso. Tanto valdría imputarle a los empleados de aduana el decrecimiento de los ingresos por importación. Y al comparar así, dicho sea sin deprimir a nadie, pierde el maestro, porque no le cobran sólo la merma de las entradas, sino todo el malestar económico; y porque, condenado a ser un funcionario, lo es de tal manera que, sin haber adquirido un verdadero *status* profesional, se le trata como si lo poseyera y se le niega cuanto le permitiría conquistarlo. Para exigirle responsabilidades se le trata como a un apóstol y para darle lo que pudiera facultarlo para afrontarlas dignamente, se le trata cual a un miserable que de toda virtud y mérito careciese.

La educación, la escuela, es vasta y compleja obra social y, en lo tanto, de cooperación. Desconocer la responsabilidad de cada ciudadano en ella, es obstruir el camino de

las soluciones serias. La escuela mala no es sino un signo inequívoco de una organización social, política y administrativa, mala también. Y atacar a la escuela en el momento en que pide dinero, para no dárselo, es acusar un desconocimiento básico del problema. Negarle oro a la escuela porque por deficiente no lo merece, equivale a negarle agua a la tierra de cobradío pretextando que está agrietada de sequía. Los norteamericanos, que de hacienda y de educación entienden de veras, casi sólo una gran solución le dan al problema educacional que la guerra les ha planteado: ¡dinero, dinero, dinero! Es un hermoso discurso el que pronuncia—por ejemplo—el Presidente de la Universidad de Colgate, Cutten, en la inauguración de cursos, en octubre. Habla, a lo que parece, inspirándose en los Adams, de la reconstrucción de la democracia norteamericana, pero por más que el concepto se eleve a las más altas consideraciones especulativas, se siente que no pierde de vista la corriente de oro puesta al servicio de la renovadora corriente de ideas.

Recordamos que algún educador pedía

para las escuelas ideales, maestros ideales, planes y métodos ideales, pero también discípulos ideales. Padres de familia ideales podrían pedirse también, y ciudadanos ideales, y gobiernos ideales.

No. Ni de palabra se cometa el atentado de cerrar escuelas. Menos en nombre de los caminos. Cuando la escuela ascienda a ser lo que es deseable, por la obra de lo que se le dé, tendremos suficientes caminos y mejores caminos.

De la puerta de la escuela partirán ellos hacia los horizontes, y de ella saldrán, sobre los caminos, hacia el porvenir, las generaciones mejores que, engrandeciendo a las presentes, debemos preparar. Escuelas y caminos, caminos son los dos, unos cruzan la tierra, otros el espíritu, pero ambos, concertándose, confluyen en los abiertos horizontes de la riqueza y de la independencia. Mas, nada de ello, ni lo más pequeño, encontrará el superior ambiente que tales gestaciones reclaman, en el seno pétreo de la ignorancia.

OMAR DENGÓ

Heredia, diciembre de 1922.

Los poetas nuevos

EDUARDO URIBE

[Eduardo Uribe es un poeta muy joven, hijo del recordado escritor colombiano JUAN DE DIOS URIBE].

JARRÓN DE LUZ Y VIDA

¡Oh! Si pudiera ser el hábil alfarero
que de la greda ruda talla fino florero,
que más tarde, en la alcoba de una mujer

[hermosa

lucirá con donaire la gracia de una rosa;
modelador humilde, con tenaz energía,
de mi cuerpo yo haría
el vaso más preciado
que un refinado artista nunca hubiera

[soñado;

jarrón de luz y vida
donde mi *Psiquis* fuese la rosa siempre

[erguida.

Jarrón de luz y vida, destinado ¡oh la suerte!
para adornar la alcoba fúnebre de la Muerte.

LA TRAGEDIA DEL FAUNO

I

En la penumbra azul de la glorieta
del florido jardín, casi escondida,
hay una hermosa estatua que interpreta
de un viejo fauno la salvaje vida.

Vetusto rey de pámpanos ceñido
que en la floresta vive delirante,
hoy prisionero en mármol, aterido,
eternamente solo, agonizante.

Lleva una vida de martirio; en nada
fija su ruda y díscola mirada
abstraída en un vago abatimiento.

Los días pasa triste, pensativo:
su espíritu se torna más esquivo
conforme se aquilata su tormento...

II

A refrescar su cuerpo de las ondas
en la fuente, con paso sigiloso,
una mujer avanza entre las frondas,
suelto el cabello, el traje vaporoso.

Llega a la orilla, se desnuda y luego
de extasiarse admirando su belleza,
las ondas rasga como un leve pliego,
sin hundir su magnífica cabeza...

Es un lirio carnal aquel divino
lánguido cuerpo de contorno fino,
resumen de tragedias y pecados...

Senos erectos de blancor de armiño
que libres ya del raso del corpiño
tiemblan al ser del agua acariciados...

III

En tanto el viejo Fauno sibarita,
ebrio de amor, colérico, lascivo,
mira la blanca desnudez maldita
con amargo mirar, implorativo.

Siente en su cuerpo arder —cual una pira—
sus venas, en histérico delirio,
y cuanto más la bella ninfa mira
tanto más se agiganta su martirio...

Lívido ve, desde su cárcel fría,
esfumarse en la negra lejanía
la blanca joven de belleza rara...

Y al sentirse del mármol prisionero,
fútil adorno de un jardín grosero,
humilde inclina la soberbia cara.

MARIA TERESA MANDRI

«LA GIOCONDA»

Lánguida, tenue, casi vaporosa,
cual si de amor su cuerpo agonizara,
obsesionante, bella y misteriosa,
danza esta grácil danzarina rara...

Es su alado talón de antigua diosa
y de diosa también su fina cara:
¡virgen tallada en pétalos de rosa
por ser grosero el mármol de Carrara!

Hay una blanca fuga de ilusiones
de todos los febriles corazones
admirando esta núbil bailarina...

¡Lírico heraldo de la España altiva,
rayo de luz que el alma nos cautiva
con su risa satánica y divina!

GRIS

Se perfila a lo lejos la montaña
entre la bruma de la tarde triste,
y como enorme y densa telaraña
todo de negro por igual reviste.

La ciudad permanece arrebuja
en la hopalanda gris de la neblina:
tal una monja a la oración confiada
cuya mística frente al suelo inclina.

Mi barrio con sus calles solitarias
viste el fúnebre traje de un convento,
y simulan el eco de plegarias
las hojas arrastradas por el viento.

NOCHEBUENA

¡Oh Nochebuena! cándida y festiva
anualmente evocada en los portales,
y cuyo rito bíblico motiva
frugal cena de pavo con tamales.

¡Oh Nochebuena! Orgullo en la vecina
por su portal mayor que un disparate,
vanidad que culmina
dando bizcocho añejo y chocolate.

¡Oh Nochebuena! Enormemente buena
con tu rancio sabor de villancico;
bíblicamente buena. ¡Oh Nochebuena!
del Niño Dios, del buey y del borrico.

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los que en ella quieren colaborar opinan con suma libertad. Sin que eso implique que su editor haga propias todas las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.

Noticiario

De Nueva York nos escribe un buen amigo lo siguiente:

«Quizás le agrada a Ud. ser el primero en dar la noticia de que la *Literary Review*, semanario de Nueva York, hace la revista del libro de D. Luis Felipe González, *Historia de la influencia extranjera* etc. Dice que la «industria y la paciencia del autor es nada menos que colosal» y concluye diciendo que «en la historia del Pan-americanismo ese libro debe llenar siempre un valioso y distinguido sitio. Debería estar en toda biblioteca de los Estados Unidos, tan sólo sea como un antídoto contra la idea popular de que este país explota sin piedad a las pequeñas naciones hispano-americanas».

De la ciudad de México hemos recibido dos nuevas revistas, índice ambas

de las preocupaciones ideológicas y patrióticas que mueven el ánimo de la hermosa juventud universitaria mexicana. Mensuarios ambas. Son ellas: *Vida Mexicana*, revista de ideas; y *La Falange*, revista de cultura latina. Los Srs. Lombardo Toledano y Cosío Villegas, entre otros, dirigen la primera. El poeta Torres Bodet, la segunda.

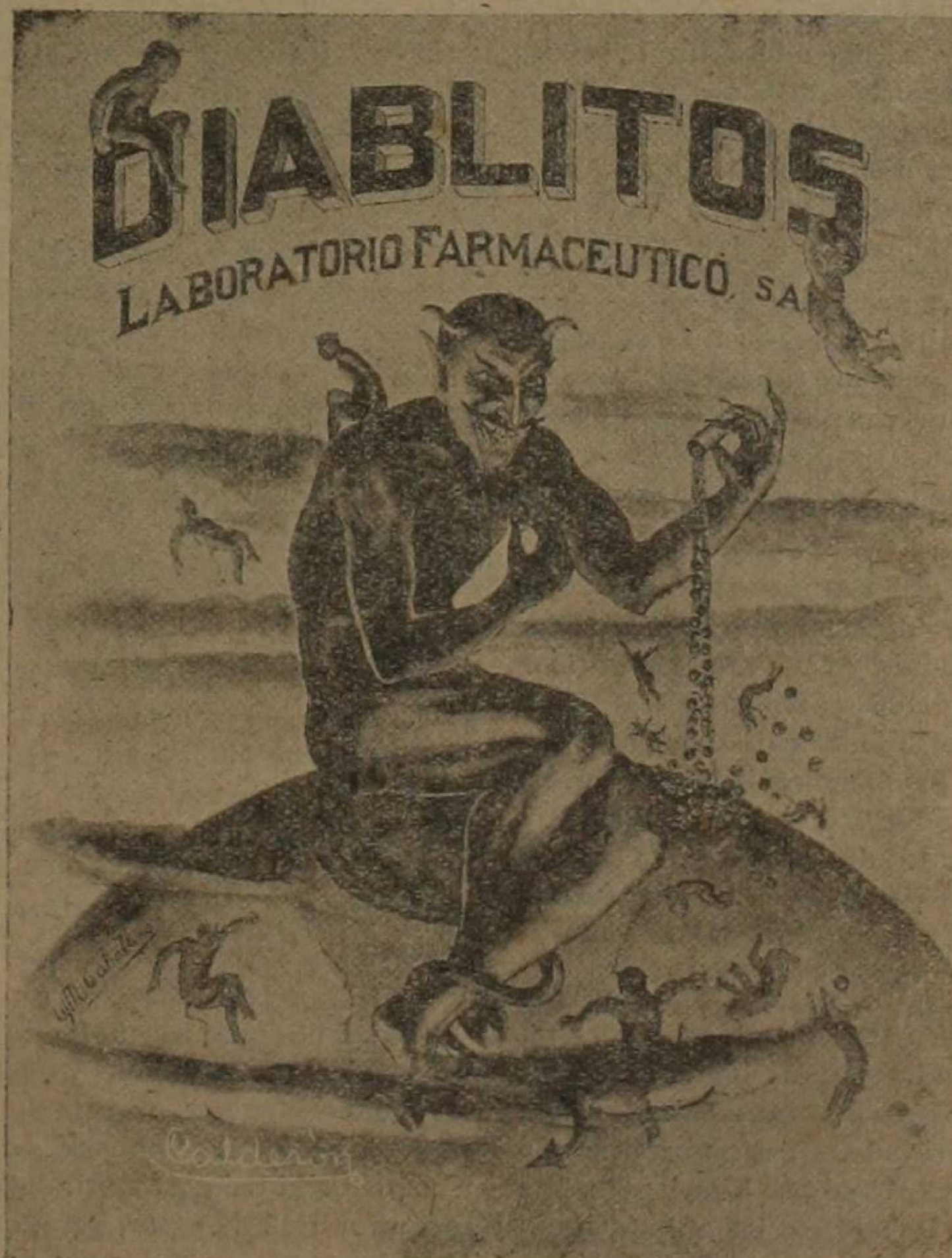
A las dos les tendemos ambas manos en apretón cordial y les deseamos vida larga y fecunda.

Por lo que tenga de estímulo y de ejemplo para los más jóvenes, reproducimos estos conceptos de *Vida Mexicana* en su primer número:

UNA EXCEPCION

Todo el mundo lo sabe y lo repite: los hombres hablan más de lo que debieran y hacen menos de lo que debieran. Sin em-

D
I
A
B
L
I
T
O
S



D
I
A
B
L
I
T
O
S

Píldoras laxantes, hepáticas

SAN JOSE - APARTADO 913 - COSTA RICA

bargo, alguna vez—oasis en el desierto—se halla uno con excepciones al vergonzoso principio.

Cuántas veces no hemos oído de labios centroamericanos largos discursos de lamentación sobre El Salvador, Nicaragua o Guatemala. Bien pocos han hecho por sus respectivos países algo que valga la pena. Pero ni siquiera aprovecharon el tiempo consiguiendo una cultura que los dignificara a sus propios ojos. Y son justamente los centroamericanos quienes hacen mayor número de versos en loor de la «Raza» y del «Ideal».

En medio de este hablar y no hacer existe un hombre casi desconocido en México y muy censurado en Centroamérica: don Joaquín García Monge, editor del REPERTORIO AMERICANO, revista única continental que existe entre nosotros. García Monge, con regularidad, en silencio, es decir, con las dos virtudes del hombre que asciende, publica su revista, y alguna vez tiene que sufrir porque sus fondos particulares no alcanzan a pagarla.

Cabos sueltos

WM. H. Vanderbilt, hijo de Alfredo Vanderbilt, ahogado en el Lusitania, y biznieto de Wm. H. Vanderbilt, quien era hijo del Vanderbilt original, tendrá veintiún años de edad el viernes y recibirá la fortuna que le dejó su padre.

¿Cuál es la diferencia que hay entre obtener la fortuna a la edad de veintiún años, después de esperarla rodeado por la adulación y las intrigas, de los amigos y obtener esa fortuna a los diez años? No mucha para el promedio de los hombres.

¿Cuántas dificultades se ponen a un hombre cuando su padre le coloca diez, veinte o cien millones de pesos en el banco, a su nombre? Es como colocar un peso de 250 libras en un caballo de carrera joven! Algunos caballos pueden correr con ese peso, pero el mejor no puede ganar carrera alguna con él.

El afectuoso padre al irse a la tumba, dice a su hijo: «Agradécemelo, hijo. El mayor trabajo que tendrás en tu vida será firmar tu nombre al pie de un cheque».

Difícil para el hijo, pero útil en dos formas. Primero los hombres trabajan dura y útilmente para dejar a sus hijos dinero, y segundo, dejando dinero en esas condiciones, se puede tener la seguridad de que pronto volverá a la multitud de la que fué obtenido originalmente.

HACE unas cuantas semanas tan sólo, estaban parados noventa mil hombres en los campos carboníferos de Pennsylvania. Ahora nueve propietarios de minas están buscando en las ciudades hombres suficientemente fuertes para el trabajo en las minas, prefiriendo a los extranjeros.

Ha ahí cómo nosotros dirigimos nuestro «gran sistema industrial.» Luchas, huelgas, ociosidad y pérdidas. Después escasez, falta de mano de obra, criminalidad y precios elevados. Y el pueblo pagando siempre la cuenta. No podrían soportarlo tan pacientemente en algunos países.

REPERTORIO AMERICANO lleva y trae a todas las gentes de pluma los mejores artículos que se escriben en lengua española. El periódico, tiene, además, un sentido más alto: cada vez que uno espera que al igual de muchos otros esfuerzos, REPERTORIO va a desaparecer, llega con su sellito morado: «Regalo del editor», para darnos aliento en las grandes empresas.

Por eso, si a alguna clase de prensa debiéramos saludar, sería a esta revista.

La Revista de Filosofía, que dirige el ilustre Dr. Ingenieros, en su entrega de noviembre de 1922, publica un largo y documentado estudio de nuestro compatriota don Luis Felipe González. Se titula: *Evolución ideológica de Costa Rica*.

NOSOTROS hablamos de los «grandes hombres» desde Gladstone a Clemenceau, desde Matusalén a Chauncey Depew. Consideramos a Mrs. Felton la gran anciana de Georgia, que tiene ochenta y siete años, y la primera de su sexo que ocupa un escaño en el Senado de los Estados Unidos. Ella describe el incidente de su presencia en el Senado por un día, como «incidente histórico y romántico». Todos los ancianos juntos no podrían formular una descripción mejor.

LAS viejas y extrañas religiones desenvuelven la utilidad en nuevas y extrañas formas. El mundo temía que Turquía y Rusia pudieran unirse, controlaran los Dardanelos entre ambas, para controlar la paz o la guerra en el Mediterráneo. Pero el nuevo Califa, soberano de los fieles mahometanos, dice que el Corán prohíbe el comunismo. Por tanto, Turquía no puede hacer una alianza militar con la Rusia comunista.

Abdul Medjid, el califa, dice que el Corán reconoce la propiedad privada. Mahoma ciertamente la reconocía, porque su esposa, la ahorradora viuda, tenía muchas propiedades y él las valoraba.

Sin embargo, Medjid podrá vivir para ver que hay dos o tres formas de leer el Corán, como las hay para leer otros documentos antiguos.

Lo bueno que hacen los hombres, vive después de que ellos mueren. El dinero que los hombres ganan, trabaja después de su muerte. El doctor Vonbuck dedicó su vida a combatir la tisis. Al morir deja la fortuna, casi un millón de pesos, para que continúe la lucha.

Cuando pasen los años y su nombre haya sido olvidado, estarán todavía trabajando esos pesos.

A centurias de distancia del momento actual, cuando el nombre de Rockefeller haya sido olvidado, o sea recordado tan sólo por aquellos que recuerdan a Jacques Coeur, el

Rockefeller francés del siglo xv y los millones que hizo Rockefeller hayan desaparecido, aún su dinero estará trabajando a través de los conocimientos científicos que esos pesos han desarrollado.

Todo labora hacia el progreso. Rockefeller no lo sabía cuando comenzó a ahorrar su «primer peso» y se dió cuenta de que «debía haber bastante en el petróleo», que su trabajo limpiaría de plagas a la China y a las riberas del Ganges, eliminaría la fiebre por medio de la limpieza y lo más importante de todo, por medio de la educación del pueblo.

HAN sido extraídos cincuenta cadáveres de la mina Reilly, en Pennsylvania. Treinta cadáveres más se encuentran en la mina.

Cuando la explosión relató lo que había acontecido, las mujeres de la aterrorizada región minera se reunieron a la boca de la mina y durante horas de rodillas, oraron bajo la lluvia. Ahora están sacando, para ellas, los cuerpos muertos.

Ese cuadro de las mujeres orando dice lo que es la miseria y debiera interesar a aquellos que «no quieren que se les moleste con el problema de un salario suficiente para la vida.»

Para aquellos hombres y para muchos otros un «salario suficiente para la vida», se convierte repentinamente en un «salario mortal». Debía haber unos cuantos pesos para esas mujeres que oraban, y para sus hijos.

VÍCTOR H. Arnold, en un tiempo Presidente de un banco en Wisconsin, está predicando, todas las mañanas de los domingos, en el Ayuntamiento de Nueva York, habiendo abandonado los negocios. Se pide a todos los pobres y dolientes, que acudan a él. Eso es hermoso e impresionante.

Pero de eso a algunas de las muestras de desinterés religioso de que usted habrá tenido noticias, hay una larga distancia. Buda, en una de sus encarnaciones, se apareció en la tierra como una liebre. Vió a un pordiosero muriéndose de hambre, sentado ante unos leños ardiendo.

Inmediatamente saltó al fuego, para asarse, de modo que el pordiosero pudiera comerse. Pero antes de saltar se «sacudió tres veces», a fin de quitarse de encima todos los bichos que pudiera tener. No quería sacrificarlos. Ese ejemplo de lo que usted pudiera llamar, en realidad, amor a sus semejantes, usted puede encontrarlo en una nota marginal del admirable libro de William James acerca de la experiencia religiosa.

A. BRISBANE

(El Mundo, La Habana).

LECTOR amigo: ¿A usted de veras le gusta el REPERTORIO? Pues consígale un suscriptor más, un aviso más. Es el mejor servicio que puede hacerle. Como también indicarle las personas que podrían recibirlo. Nos cabe el derecho de tanteo con ellas.

El homenaje de Madrid a Rubén Darío

La Glorieta del Cisne convertida en Glorieta de Rubén Darío

UNA CARTA DE DON
FRANCISCO GRANDMON-
TAGNE.

«Excelentísimo señor conde
del Valle de Suchil.

MI distinguido e ilustre señor: Doy a usted las más rendidas gracias por el alto honor que me concede al invitarme a dirigir la palabra a los niños de Madrid, con ocasión de la próxima Fiesta de la Raza.

Felicítote por la bella idea, aunque no pueda hacer lo mismo por la elección del hombre para realizarla de un modo plausible. Todos nuestros anhelos morales y prácticos en relación con América serán siempre vaguedades caóticas, sin base espiritual, mientras no surja en España una honda emoción americana. Y ella ha de empezar por la infancia, despertando en su espíritu el fervoroso entusiasmo por una herencia histórica como no la tiene ningún pueblo de la tierra.

La causa de que sea débil el pulso de España radica en su falta de conciencia histórica, en la ignorancia de la magna estela que el ímpetu vital del siglo XVI dejó para todos los siglos futuros.

Esta falta de conciencia histórica es la mayor calamidad de España, el manadero central de todas sus desdichas, el origen de todas sus cegueras y la causa de la congelación de su pulso. El solo nombre de América debiera hacer vibrar a toda España en su anhelo perenne de conocimiento, punto de arranque de nuestras posibilidades espirituales y económicas en los florecientes pueblos de Ultramar.

Pero España está como desasida espiritualmente de su obra fundamental, de la única que ha de durar cuanto dure la vida planetaria. ¿Qué causas de sociología colectiva pueden haber determinado la larga indiferencia de España en este punto sublime de su historia? No puede achacarse en absoluto a la ignorancia del pueblo. Mayor que el analfabetismo de España es el de Portugal, y sin embargo, en esta nación, tan henchida de sentimientos históricos, la vida del Brasil es familiar a todo el mundo.

Nunca he podido explicarme que nuestras clases cultas y nuestros hombres públicos permanezcan—con muy raras excepciones—indiferentes y en una ignorancia supina y vergonzosa respecto a todo un continente, cuyo

protoplasma humano deriva de la sangre española. ¿Se imagina usted en un estado de ignorancia equivalente a los estadistas y gobernantes ingleses en relación con los Estados Unidos? Esta falta de anhelo, de conocimiento, de conciencia histórica, de emoción racial, de sentido americanista, de visión del porvenir, constituye la



RUBÉN DARÍO

prueba concluyente de lo corto de talla mental, espiritual y cultural que es nuestro medio político. ¡Y hablan algunos de la expansión de nuestro espíritu en América! ¿Dónde está el elemento expansible? ¿Dónde está el espíritu?

Hay que crearlo. Y atina usted en el procedimiento empezado por inculcar en los niños el sentimiento americanista, que equivale a despertar su conciencia histórica. Necesario es emprender de nuevo el descubrimiento de América, no un descubrimiento geográfico, como fué el primero, sino social, histórico, espiritual, mercantil, financiero, que permita luego dar virtud de presencia en el continente a las actividades peninsulares. Hay que descubrir nuevamente América; pero se da el caso insólito y absurdo de

que el pueblo descubridor es quien menos la conoce en el momento presente. Y este nuevo descubrimiento ha de ser obra de la generación que ahora es infancia. La nuestra, la de los hombres actuales, está desorbitada en este punto, el más trascendental para el porvenir de España.

Lamento mucho, señor alcalde, no poderle acompañar en su patriótico y bien orientado intento. No soy orador. Además, yo no sabría hablar sin cierta indignación ante el bárbaro atraso de España por lo que toca al conocimiento de América. Y no creo que la indignación sea el tono apropiado para los oídos infantiles. Por último, múltiples obligaciones periodísticas y literarias en España y América me tienen amarrado a las cuartillas.

Mi gratitud nuevamente por el honor de asociarme a su plan. Y mis mejores votos porque logre usted despertar en los niños españoles la conciencia histórica que falta en los hombres.

Con mi adhesión a su buena obra envíole mi respetuoso y cordial saludo».

(El Sol, Madrid)

EL DISCURSO DE AL-
FONSO REYES.

«POR delegación del excelentísimo Sr. D. Mario García Kohly, ministro de Cuba (a quien corresponde el derecho de antigüedad)—dijo—, toca al representante de Méjico la honra inapreciable de dar las gracias al Ayuntamiento de Madrid, en nombre del cuerpo diplomático hispanoamericano —y seguramente interpretando el sentir de tantas naciones—, por la consagración que acabáis de hacer, señor alcalde, de la glorieta del Cisne, al alto poeta de los cisnes.

Pero habéis pronunciado, junto al nombre de Rubén Darío, otros nombres, para los americanos sagrados, que arrebatan mi atención a otra parte. Felicitémonos porque nos ha sido dable presenciar la hora en que las glorias de América pueden redundar en gloria de España. Renuncio a evocar siquiera la enorme suma de esfuerzos de comprensión que a uno y otro lado del mar han hecho falta para que sea posible proponer, en la capital del orbe hispano, homenajes y recuerdos a los padres de América. Sois, españoles, ejemplares en la cordialidad generosa al reconocer y aceptar los valores humanos definitivos, así sean los del otro campo, y, según acabamos de verlo por la vibrante carta de Grandmontagne, la misma severidad excesiva que adoptáis para juzgaros a vosotros mismos—heroica condición crítica de la mente, que alguna vez ha sido explotada en contra vuestra—,

se convierte en un extraño y viril desprendimiento, casi impolítico en ocasiones, siempre conmovedor y valiente, para reconocer, cuando es justo, la grandeza del contrincante. Habéis hecho, en la larga Historia, un viaje a la tierra de las ambiciones y los poderes. Y estáis de regreso, entre el asombro de los que no siempre aciertan a entenderos, con una filosofía sencilla, en que muchas veces las contradicciones se avienen, formando una síntesis moral superior a los extravíos que todavía están costando a los pueblos lágrimas y sangre.

¡Feliz acuerdo el de consagrar en la Fiesta de la Raza un homenaje a la memoria del mayor poeta de la lengua durante los últimos siglos! Su nombre, desde hoy, queda incorporado a la vida diaria, callejera, de vuestra graciosa ciudad. Y por justa paradoja y compensación, he aquí que convertís al solitario, al desigual, al rebelde y altivo genio, al pecador torturado y elegante, al león entre tímido y bravío, que de pronto se acobardaba y de pronto comenzaba a rugir; al melancólico que cruzaba la vida «ciego de ensueño y loco de armonía»; al hijo terrible de un continente que es todo él un grito de insaciados anhelos, a nuestro Rubén Darío, el menos municipal de los hombres, en algo tan benéfico y manso como un genio municipal. Acógelo la divinidad que reina en las plazas y en las calles, y nosotros —buenos hijos de Roma— saludamos con ritos públicos, bajo el cielo de otoño, al héroe mensajero de las primaveras americanas.

La obra de Rubén Darío fué obra de concordia latina. América, desde la hora de su autonomía, venía padeciendo las dos circulaciones contrarias del ser que se arranca de la madre. Y mientras, por una parte, la expresión del alma española se purificaba en los mejores gramáticos que ha tenido la lengua—los americanos Andrés Bello, Rufino José Cuervo, Rafael Angel de la Peña, Marco Fidel Suárez—, por otra se dejaba sentir una honda conmoción de sublevaciones más que juveniles: «¡Desespañolicémonos!», gritaba el argentino Sarmiento. «¡Desespañolicémonos!», gritaba el mejicano Ignacio Ramírez en controversia contra vuestro gran Castelar... Estos no eran independientes; no están aún desarticulados del centro hispano; eran todavía hijos adolescentes que se alzan contra las tradiciones y costumbres caseras, por su misma incapacidad de reformarlas a su gusto. Más tarde llegará la hora adulta, la hora en que el americano puede amar a España sin compromisos, sin explicaciones y sin protestas. La hora en que, sintiéndose otro, el hombre se siente semejante a sus familiares y como

justificado en ellos. Los dioscuros americanos, Rubén Darío y José Enrique Rodó, trazan, en trayectorias gemelas, esta elocuente declinación hacia España. Habéis escogido la más alta realización de América para sellar, con su recuerdo, la Fiesta de la Raza, y resulta que, de paso, habéis escogido el nombre de aquel en quien con más plenitud se expresa esta voluntad de amor a España por parte de una América ya emancipada y ya consciente de sus destinos. Porque ya no está a discusión—sino entre los necios y los sordos—el radical casticismo de Rubén Darío. «Francesismo», se ha dicho. Y es verdad, porque Rubén Darío trajo a la masa de la lengua española, trajo a la atmósfera del alma española cuanto el mundo tenía entonces que aprender de Francia. Acaso su condición de hijo de América le ayudaba a dar el salto mortal del espíritu. Nicaragua pesa sobre la mente mucho menos que España, y fué uno de los hijos más pobres el que se echó al mundo a conquistar, para toda la familia, las cosas buenas que entonces había por el mundo. Y un día volvió—hoy así lo vemos—cargado y reluciente de joyas, como un rey de fábulas.

En la gran renovación de la sensibilidad española, que precipita a América sobre España—donde España puede ya sacar el consuelo de sentirse reivindicada por los mismos a quienes se pretendía presentar como víctimas del error hispano—, Rubén Darío desató la palabra mágica en que todos habíamos de reconocernos como herederos de igual dolor y caballeros de la misma promesa.

Poeta sumo, hombre vertiginoso, alma traspasada de sol, tramó con lo más íntimo de sus ternuras y lo más atronador de sus furiosos la escala de hexámetros de oro, el himno de esperanza más grande que vuela sobre las alas de la lengua:

*¡Inclitas razas ubérrimas,
sangre de Hispania fecunda!
¡Espíritus fraternos,
luminosas almas, salve!»*

(El Sol, Madrid).

DE UNA CARTA DE LUIS G. URBINA

.....
En esta plaza ⁽¹⁾, a contar de ayer, está otro; un recién llegado. Es un lírico magnífico, el primero de su generación, el maestro de su tiempo. Ninguno, como él, ensayó con más penetración estética las formas del verso. Para ninguno fué más dúctil, más blanda, más alada y coruscante,

(1) La Plaza del Cisne.

GUIA PROFESIONAL

MÉDICOS

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO
de la Facultad de Medicina de París
Horas de consultas: de 2 a 4 h.
EXCEPTO LOS DOMINGOS — TELEFONO 857

Doctor PEDRO HURTADO PENA

MEDICO Y CIRUJANO

Especial atención a los Partos. Clínica situada a 25 varas al Este de la Botica «La Dolorosa».

Horas de consulta: de 10 a 12 m. y de 2 a 5 p. m.

Dr. TEODORO PICADO

MEDICO Y CIRUJANO

Despacha frente a la lechería de González de las 14 a las 17 horas.

Doctor Constantino Herdocia

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

ABOGADOS

JORGE R. AGUILAR

ABOGADO

Despacha en la oficina del Licenciado don Francisco Aguilar Barquero.

ALEJANDRO ALVARADO Q. RICARDO FOURNIER TEODORO PICADO H.

ABOGACÍA Y NOTARIADO

DENTISTAS

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

Dr. Francisco Ortiz Odio

CIRUJANO DENTAL AMERICANO

Despacha frente a la casa del doctor Durán, lado Este de 8 a 11 y de 12-30 a 5.

Dr. M. FISCHER

DENTISTA AMERICANO

TELÉFONO 683

APARTADO 434

Depósito y venta de materiales para dentistas

FRENTE AL CORREO

SAN JOSE

COSTA RICA

El Convivio

y las otras ediciones del señor García Monge, se hallan depositadas en la Librería de los señores SAUTER & Co.

la palabra. Con ella hizo prestigios de arte: levantó arcos de triunfo, columnas votivas, monumentos heroicos, y al mismo tiempo labró ánforas delicadas, esculpió mármoles gloriosos, modeló finos tanagras. En este soberano estilista había un sensual, un genio voluptuoso, dotado de un temperamento tan maravillosamente sensible, que se estremecía, vibraba a la más insignificante sensación, a la más pequeña emoción. Honda conciencia humana, alma agudizada y comprensiva, que miró siempre desde lo alto. Cuanto sintió, cuanto aprendió, cuanto meditó este creador de arte, lo dibujó en la corriente diamantina de su lírica. Por eso fué proteico, multiforme, polifónico, *muy antiguo y muy moderno, audaz y cosmopolita*. En la Métrica y en la Fonética fué, acaso, más que un innovador, un sabio reconstructor. Abrevó en todas las literaturas, escuchó todas las armonías, admiró todos los panoramas. Era un sediento y libó en todos los vasos: un curioso, y atisbó en todas las gentes y en todas las cosas; un enamorado, y amó todas las sensaciones.

Sin entregarse, a ciegas, a Afrodita, rindió culto a Dionisos. No por eso dejó de ser creyente de Dios, medroso del más allá, y aún aterrorizado soñador de apariciones y vestigios. De cuando en cuando sentía el soplo del misterio. La realidad circundante se transparentaba para él, y le hacía contemplar los términos espirituales de la existencia. Por eso, a instante, su poesía tiene sentido esotérico. En el poeta, aparece el visionario.

Y no obstante, es él un artista, de ponderación, de equilibrio. Está lleno de salud estética. Es nuevo siempre, nunca rebuscado. Se ha nutrido de muchos jugos; pero las rosas de belleza que produce son de su propio rosal. La arquitectura de su versificación tiene una innegable originalidad, así se marquen en ella los arcaicos lineamientos del primitivo juglar, del mester de clerecía, de los trovadores del siglo xv, de los bucólicos italianizantes, como se diseñen las decoraciones suntuosas y extrañas de los poetas franceses: Mallarmé, Verlaine, Banville... Ah, pero jamás deja de ser él, desde la elocuencia contenida de sus odas civiles, en las que hay áureas resonancias de hexámetros, y relampagueos huguianos, hasta los juguettos madrigalescos que le inspiró su galantería, y que son a modo de vasos frágiles que trascienden a perfume de gracia.

No es tal vez la suya obra amplia y caudalosa en la que por entero se halle contenido su genio. Mas posee rasgos sólidos, definitivos, eternos. ¿Inconclusa? ¡Que importa! Imperecedera.

La existencia de Rubén Darío en España, dejó huellas anecdóticas, que sus amigos de aquí conservan como sagradas reliquias.

Porque este artista superior era un hombre adorable. Sencillo y reconcentrado, serio de mirada, sobrio de vocablos, solía llegar, en la intimidad, a la confidencia y a la expansión espiritual. Sus actos se caracterizaban por cierta inocencia, por cierta inexperiencia para distinguir el mal y comprender el engaño, y por una orientación continua hacia la bondad, la generosidad y la piedad que arrojaban polvo de astros en la suave penumbra de sus faltas. La memoria del poeta americano es amada y evocada por quienes departieron con él acerca de la belleza y de la vida. La muerte ha envuelto en velos inmaculados esa memoria, como una madre que arroja

a su niño para que duerma tranquilamente.

* *

En eso y en más pensaba yo, mientras disponía el ánimo para otra admiración, no ya a los muertos, sino a un vivo, a una fuerte y elevada mentalidad en ascensión: Alfonso Reyes.

La arenga de este predilecto amigo mío es una pequeña joya de pensamiento y sentimiento, una hermosa síntesis crítica impregnada de cordial emoción. Tiene la robustez y el calor de la juventud y la firme serenidad de una cultura sólida. El triunfo del representante de México fué grande. Me conmovió.

Madrid, octubre de 1922.

(Excelsior, México).

El alma latinoamericana y su símbolo heroico

Discurso de José Vasconcelos en las fiestas centenarias del Brasil. La entrega de la estatua de Cuauhtemoc al Brasil, descrita por Maximiliano Grillo.

Río de Janeiro, septiembre 18: 1922.

Señor doctor don Eduardo Santos,

Bogotá.

RECIBA mi cordial saludo.

En medio de las fiestas espléndidas con que Río de Janeiro celebra el primer Centenario de la Independencia del Brasil, hago un breve paréntesis para recordar al inmejorable amigo.

Esta maravillosa ciudad de luz, de follajes y de panoramas hermosos, está engalanada como una Sulamita que espera a Salomón en su carro de oro y pedrerías.

Las fiestas sociales, es decir, las recepciones en Embajadas, los bailes de centenares de danzantes, no me entusiasman. En cambio, la revista naval, efectuada por S. E. el Presidente de la República, a bordo del acorazado «Barroso», en la bahía de Guanabara y la solemne entrega, hecha por el Embajador mexicano, de la estatua del indio Cuauhtemoc, el bravo azteca, quien hizo doblar en la «noche triste» la cabeza de Hernán Cortés, me han dejado impresión duradera.

Le envío el discurso que pronunció el señor Vasconcelos al ser descubierto el bronce del guerrero indígena, para que lo reproduzca en EL TIEMPO, si el material cotidiano le da espacio.

Me parece Vasconcelos una personalidad de hermoso relieve original. Es un pensador joven, de grave ceño y que, se diría, sólo vive para sus propios pensamientos y sus íntimos ideales.

Contestó el discurso del estadista mexicano el señor Ministro de Relaciones Exteriores, doctor de Azevedo Marques, en sobrias y discretas palabras. Mientras éste leía, entre el trepidar vertiginoso de los aviones que volaban sobre el «recanto de la bahía» de Guanabara, observaba yo cómo hervían el pensamiento y la emoción en los ojos azules del doctor Epitacio Pessoa. Al terminar el doctor de Azevedo Marques el señor Presidente, en un portugués broncíneo y musical, empezó una oración elocuentísima, llena de razones solemnes y patrióticas. Como yo hasta entonces no había tenido la fortuna de escuchar al más perfecto de los actuales oradores brasileiros, no perdí una palabra del hermoso discurso, improvisado ante aquel sitio encantado de Río.

La estatua es digna del héroe; y Vasconcelos y el doctor Pessoa, dignos de América.

Los doscientos diplomáticos que rodeábamos al señor Presidente, olvidándonos, quizá, del enojoso protocolo, aplaudimos al Presidente del Brasil, como si nos halláramos entre camaradas.

Si el dolor—que dijo un noble espíritu—hace iguales a los grandes corazones, la elocuencia tiene el dón de igualar los espíritus, y el más grande y el más pequeño vibran al unísono.

Su afectísimo amigo,

MAX GRILLO.

DISCURSO DE JOSE VAS-
CONCELOS

Excelentísimo señor Presidente,
señores:

ME cabe la altísima honra de ofrecer al Brasil, a nombre de México, esta estatua de nuestro mayor héroe indígena, del héroe que está más cerca del corazón mexicano. Un héroe fracasado, si se le ve desde el punto de vista de los que sólo reconocen el ideal cuando se presenta en el carro de la victoria, domeñando altiveces y aplastando rebeldías; mas para nosotros, un héroe sublime, porque prefirió sucumbir a doblegarse, y porque su memoria molestará eternamente a los que tienen hábito de halagar al fuerte, y son esclavos incondicionales del éxito en cualquiera de sus miserables formas. Un héroe del dolor vencido alza en este bronce su penacho enhies-to, su flecha voladora y su boca muda, sin jactancias en la acción y supremamente desdeñosa en la derrota. Se irgue una vez más ante los siglos, ya no sólo en la capital de México, sino también en este Brasil cordial que abre sus puertas a todos los pueblos, pero que sabe aliar su corazón a la justicia y al derecho, al heroísmo y la bondad. El bronce del indio mexicano se apoya en el granito bruñido del pedestal brasileiro; dimos bronce y nos aprestastéis roca para asentarlos y juntos entregamos en estos instantes las dos durezas al regazo de los siglos para que sean como un conjuro que sepa arrancar al destino uno de esos raptos que levantan del polvo a los hombres y llenan los siglos con el fulgor de las civilizaciones; el conjuro creador de una raza nueva, fuerte y gloriosa.

¿Por qué deseamos partir de este símbolo? ¿Qué es para nosotros este indio que hoy se levanta orgulloso entre el fausto de gentes que no son suyas? La historia de Cuauhtemoc es breve como un episodio y resplandeciente como una ráfaga divina: una de esas majestades que hacen enmudecer al poeta, callar al filósofo y ante las cuales sólo el narrador procura ensayar un canto que imite el ritmo del maravilloso suceso humano. Sabéis la historia: los conquistadores, el conquistador, el más grande de todos los conquistadores, el incomparable Hernán Cortés, que vencía con la espada y convencía con la palabra, después de su audacia gloriosa de quemar barcos para encadenar victorias, avanzaba con grandes ejércitos, iluminado por la aureola de las leyendas. Los caciques indígenas que pretendían resistirle caían aniquilados por el fuego sagrado de armamentos inauditos, que servían a los conquistadores como si fuesen hijos del mismo Dios Sol que ilumina la tierra.

Veracruz, Tlaxcala, media docena de reinos limítrofes se habían declarado vencidos y habían puesto sus ejércitos a disposición del vencedor y el mismo Moctezuma, el orgulloso monarca, lo recibía en la capital azteca y le entregaba su palacio y le prestaba vasallaje. Era la civilización nueva que avanzaba, la raza de los fuertes, la raza de los semidioses, que invadía sin remedio y aniquilaba para siempre la antigua, la orgullosa raza conquistadora mexicana! Y los hombres avisados del Imperio azteca, los que correspondían a lo que hoy se llama la gente sensata, los egoístas, los pusilánimes, los ingenios sin corazón, proclamaban que la resistencia era inútil y mejor plegarse a lo inevitable y entregar las tradiciones y los ideales propios a la voluntad del más fuerte para que forjase a su antojo, tal y como todavía tantos exclaman ante el avance de todos los fuertes. Pero un héroe es un hombre que tiene la audacia de romper toda esta maraña de pensamientos cobardes, para poner en obra el impulso interior de la justicia divina. Lo mismo si triunfa que si cae vencido, el héroe es ímpetu sincero y noble arrogancia. Impetu que niega y anula los hechos si los hechos son viles, y arrogancia que desafía la adversidad si la adversidad derrota al ideal. Es la raza invencible de los hijos del Sol, decían los timoratos, y entonces Cuauhtemoc se puso a matar hijos del Sol y exhibía a los muertos con escarnio para que el pueblo viese que los cobardes mentían. Y usando de su calidad de príncipe y del poder que había en su alma férrea, logró sugestionar a algunos de los suyos, reunió a los jóvenes, formó falange y empezó la lucha desigual, la lucha eterna y sagrada del débil que posee la justicia contra el fuerte que la reemplaza con sus conveniencias. Lucha que aunque

sea desesperada y oscura, debe siempre aceptar el débil porque es el espíritu quien impone las normas y porque tiene el dón de repercutir en el tiempo y a veces trueca la amargura en dicha y la derrota en triunfo.

Todo esto, sin filosofías, lo dijo Cuauhtemoc en la página elocuente de sus arrebatos, y fué con la ironía y la prédica, con el desdén y la violencia, forzando combates, befriendo a Moctezuma como a un traidor—porque hay ya un traidor en todo el que transige con la injusticia—, y retando a Cortés, y por fin venció a Cortés, lo destruyó, lo arrojó fuera de la ciudad, y lo hizo llorar sus pérdidas en la célebre «Noche Triste» del gran Conquistador. Noche memorable en que Cortés debe haberse sentido hermano de su gran enemigo, hermano por la grandeza y el dolor, y también porque desde entonces quedó escrito que en las tierras de Anahuac no sería una sola raza la vencedora, sino dos razas en perenne conflicto, hasta que la República viniese a poner término a la pugna, declarando que el suelo de México no es ni será propiedad de un solo color de la tez, ni de dos razas solas, sino de todas las que pueblan el mundo, siempre que amolden sus voces al ritmo secular indo-español.

Todo este proceso del futuro pasó sin duda en forma confusa, por la mente de aquellos dos héroes en la célebre noche en que el indio vió llorar al español, y el destino siguió su marcha inflexible que arrastra a los hombres, y Cortés volvió con todos sus aliados y compañeros y después de un sitio prolongado y cruento capturó la ciudad y a Cuauhtemoc y lo llevó al tormento para arrancarle el secreto de los tesoros reales, y Cuauhtemoc, como sabéis, aprovechó la ocasión para hacer una célebre frase, y finalmente, cuando ya prisionero y vejado, era

Quien
habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una em-
presa en su género,
singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLAN-
TA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener
y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola,
Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta,
Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

conducido al cadalso y el fraile que le acompañaba le prometía el cielo si abrazaba la fe de sus vencedores, Cuauhtemoc le preguntó si a ese paraíso de que hablaba el fraile iban también los enemigos de su patria, y habiéndosele contestado afirmativamente, el indio repuso: «Entonces, Padre, yo no voy al paraíso», y estas fueron las últimas palabras que dijo, y con Cuauhtemoc desapareció para siempre el poderío indígena.

Tal es la simple y férrea historia del héroe para quien os pedimos la hospitalidad de esta playa abierta al mar y apoyada en la montaña, es decir, por el frente la libertad de todos los caminos, pero en la base el granito en que labra su futuro la nueva raza latina del continente, una en la sangre y en el anhelo, en el dolor y en la dicha. Tal es el símbolo que entregamos a vuestras miradas de todos los días, y que pretendemos quede enraizado en vuestra propia tradición para que en ella signifique lo que hoy significa en la nuestra: la certidumbre de la propia conciencia y la esperanza de días gloriosos. Pues este indio es para nosotros representación de la rebeldía de la conciencia; de la crispación del brazo ofendido, pero también el alarde de la mente. Cuauhtemoc renace porque ha llegado para nuestros pueblos la hora de la segunda independencia, la independencia de la civilización, la emancipación del espíritu, como corolario tardío, pero al fin inevitable, de la emancipación política.

El primer siglo de nuestra vida nacional ha sido un siglo de vasallaje espiritual, de copia que se ufana de ser exacta, y esta era la hora no de la regresión, pero sí de la originalidad consciente, de una originalidad que

aunque fuese vencida en la tierra, buscaría refugio en la mente para expandirse, porque ni quiere ni puede perecer y brega porque la anima un impulso sagrado.

Y esa originalidad que toda civilización verdadera trae consigo, no la hemos logrado en un siglo, porque nos ha faltado la valentía de Cuauhtemoc; su fe en una concepción propia del mundo, y su audacia para poner en el cielo lo que de momento no pueda triunfar en la tierra.

Yo bien sé que, hoy como ayer, hay quienes niegan y hay quienes ignoran estos presagios que ya resuenan en el viento, estas voces de una gran raza que comienza a danzar en la luz—pero los incrédulos de hoy, lo mismo que los que aconsejaban a Cuauhtemoc que no batiese a los españoles porque los españoles eran la raza superior, la raza civilizada... pasarán como pasaron los pusilánimes de antaño, sin dejar ni siquiera un rastro, mientras que el indio magnífico, el rebelde absurdo, se levanta orgulloso sobre la tierra de dos continentes. Ellos no son, así como los de hoy no serán mañana y por encima de todos resplandece la flecha que apunta a los astros.

Cansados, hastiados de toda esa civilización de copia, de todo ese largo coloniaje de los espíritus, interpretamos la visión de Cuauhtemoc, como una anticipación de este florecimiento, o más bien dicho: nacimiento del alma latinoamericana que en todos nuestros pueblos se ha acentuado con intensidad irrevocable, y miramos en su gesto, unas veces el desafío y otras el ensueño; un anuncio remoto de esta vida nueva que desborda en todas las naciones del continente nuestro y que ha de verse consolidado en mentes que le den gloria, en corazones blandos que la tornen noble, y en voluntades firmes como el bronce azteca.

Claro está que la nación mexicana en su culto por Cuauhtemoc, no quiere significar un propósito de hacerse estrecha y de cerrar sus puertas al progreso, no pretendemos volver a la edad de piedra de los aztecas, como no aceptaríamos volver a ser colonia de ninguna nación. Tampoco renegamos de Europa ni le somos en manera alguna hostiles: agradecemos sus enseñanzas, reconocemos su excelencia y tendremos siempre abiertos los brazos para todos sus hijos; pero queremos dejar de ser colonias espirituales. «Independencia ou morte», dijo un héroe ilustre del Brasil, y el destino le respondió con la libertad y la vida, y ahora reclamamos vida propia y alma propia. La importación ha sido talvez fecunda, pero ya no es necesaria; hemos asimilado y ahora estamos en el deber de crear. Esto no es rencor, ni petulancia: es lozanía y es ge-

nerosidad. Inventaremos la forma según nuestro propio gusto, y crearemos vida universal, pero imprimiéndole el ritmo que está en nuestra alma. Lejos de volverse rencorosa al pasado, la flecha de Cuauhtemoc apunta generosa al porvenir y lo invoca para que se someta a las normas de su augusto sueño; un sueño aplazado y modificado como se modifican ante la realidad todos los sueños: pero próximo a cumplirse aún más glorioso y alto, que el más alto ensueño. La historia ha dividido el continente americano en dos grandes razas ilustres que deben dar a la humanidad el ejemplo de un desarrollo fraternal y fecundo. No somos como los norteamericanos, ni ellos son como nosotros, y esta diferencia inte-

Libros y folletos de ocasión a precios módicos

Tenemos encargo de vender los siguientes:

Pedro Prado:	
<i>Ensayos</i>	1.50
<i>La Reina de Rapa Nui</i>	1.50
<i>Los Diez</i>	2.00
Ml. Magallanes Moure:	
<i>La casa junto al mar</i>	2.00
Alejandro Sux:	
<i>Los voluntarios de la libertad</i>	1.50
J. Muñoz Escamez:	
<i>El Tempranillo</i> (Novela), los dos tomos	3.00
<i>Por el camino más triste</i> . Por Carlos Barella	1.00
<i>Liberación</i> (Novel). Por Vera Zourov	2.00
<i>Por la gloria de San Ambrosio</i> (Novela chilena). Por H. Henríquez	3.00
<i>Chile Nuevo</i> . Por Maltrana (Anjel C. Espejo)	2.00
<i>Nolo</i> (Novela original). Por Luca	2.50
<i>El hombre que fue Jueves</i> (Novela). Por G. K. Chesterton. Trad. y Prólogo de Alfonso Reyes	3.50
<i>Como si fuera ayer</i> . Por E. Rodríguez Mendoza (A. de Géry)	6.00
<i>Reflexiones Históricas y Conceptos de Crítica</i> . Por Diego Carbonell	5.00
<i>Enrique Federico Amiel</i> , Por R. F. Giusti	3.00
<i>La Flauta de Onix</i> . Por Arturo Borja	2.00
<i>Glosas</i> . Por Eugenio D'Ors	3.50
<i>Aforismos</i> . Baltasar García	0.25
<i>Los poemas de la serenidad</i> . Ernesto A. Guzmán	0.25
<i>Poemas</i> . Carlos Guido y Spano	0.25
<i>Artistas y Rebeldes</i> (Poe, Tolstoy, Marx, Bakunin, Kropotkin, Wilde, Luisa Michel, etc.) Por Rodolfo Rocker	4.00
<i>Salero criollo</i> (Cuentos). Por José S. Alvarez (Fray Mocho)	2.50
<i>Nicolai y el pensamiento social contemporáneo</i> . Por Romain Rolland	1.25
F. González del Valle: <i>La compañía de Jesús y el voto de pobreza</i>	1.00
Varios autores: <i>Rodó y sus críticos</i> . Cornelio Hispano: <i>En el Valle del Cauca</i>	3.00
<i>La Isla de Oro</i> (Poemas). Por A. Climo Bravo	2.00
<i>Reconocimientos Tácticos</i> (Para oficiales de todas las armas). Por Ml. Moore Bravo	3.00
<i>El casamiento de Efigaro</i> . Por Beaumarchais	1.50

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de la prensa hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración	2-00
Para el extranjero, el número suelto	0-15 oro am.
El tomo (30 entregas)	3-50 » »
La página de avisos, por inserción	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

resa al progreso del mundo, porque sólo el concurso de las distintas aptitudes de los pueblos creadores podrá sentar las bases de una civilización integral y armoniosa.

Los norteamericanos han creado ya una civilización poderosa que ha traído beneficios al mundo. Los iberoamericanos nos hemos retrasado acaso porque nuestro territorio es más vasto, y nuestros problemas más complejos, acaso porque preparamos un tipo de vida realmente universal; pero de todas maneras, nuestra hora ha sonado y hay que mantener vivo el sentimiento de nuestra comunidad en la desdicha o en la gloria y es menester despojarnos de toda suerte de sumisión para mirar el mundo, como lo mira ese indio magnífico, sin arrogancia, pero con serenidad y grandeza; seguros de que el destino de pueblos y razas se encuentra en la mente divina, pero también en las manos de los hombres; y por eso, llenos de fe, levantamos a Cuauhtemoc como bandera y decimos a la raza ibérica de uno a otro confín: sé como el indio; llegó tu hora: sé tú misma.

La ceremonia que se verifica en estos instantes tiene para nosotros una conmovedora solemnidad. Somos algunos centenares de mejicanos: los primeros que jamás se hayan reunido en territorio del Brasil, y nos congregamos para hacer entrega de algo que es como un trozo del corazón mismo de la patria mejicana. En las líneas de esa estatua han aprendido nuestros soldados, los soldados que allí véis, esa su rigidez estoica, y en la flecha del indio aprenden nuestros poetas el volar audaz de sus sueños, y todo lo que de esa fuerza pueda ser nuestro; todo nuestro amor infinito lo ponemos ahora en el Brasil generoso, en el Brasil hermano, y en la misma voz y el mismo acento con que proclamamos nuestro amor y lealtad por la patria del indio que aquí se queda, juramos, con un juramento solemne: amar al Brasil como una patria distante, pero también nuestra; juramos defender al Brasil, gozar en sus dichas y sufrir con sus penas, y llevarlo siempre en el pecho, tal y como esta estatua se queda enclavada en el corazón del Brasil.

(El Tiempo. Bogotá).

EL CONVIVIO DE LOS NIÑOS

Cuentos a Sonny. Por Santiago Pérez Triana.....	0.25 oro am.
Tardes de Invierno. Por F. Pi y Margall.....	0.25 » »
Florilegio. Por diversos autores.....	0.25 » »
La Edad de Oro. Por José Martí. Dos tomos. Cada uno.....	0.50 » »
Los Cuentos de mi tía Panchita. Por Carmen Lira. Edición aumentada.....	0.50 » »
Pasteur. Por Gaston Laurent.....	0.30 » »

Urbanismo

POR EL DR. F. CARRERA JUSTIZ

Profesor Titular de Gobierno Municipal e Historia de las Instituciones Locales de Cuba

(Sigue. Véase el número anterior).

Otro orden de actividad científica municipal de los Estados Unidos, es el desenvuelto por iniciativa particular, en muchas ciudades, generalmente mediante comisiones que, para preparar el ensanche, mejoramiento y embellecimiento, presentan un estudio profundo y detallado de todo lo que afecta al desenvolvimiento cívico de la localidad, tanto en lo que se refiere a su geografía, como a su arqueología, conservación de monumentos, valor de terrenos y edificios, problemas de habitación, comercio e industria de la ciudad, circulación por tierra, por agua, por el aire y por el subsuelo, recreo público en espacios libres, parques y boulevares, calles y avenidas, higiene, instrucción, gobierno y administración de la ciudad, organizaciones filantrópicas, etc. En resumen, un cuadro de conjunto sobre el total desenvolvimiento cívico de la aglomeración humana.

Ese sistema de trabajo preparatorio—verdadero inventario general de la vida urbana en todos sus aspectos—que los ingleses llaman «Civic Development Survey», los franceses «Dossier des Cités» y los norteamericanos sencillamente «Civic Survey», tiene en los Estados Unidos un altísimo exponente, a tal punto, que un notable profesional de Sociología de la Universidad de Missouri, Carl C. Taylor, acaba de publicar un libro, «The Social Survey, its History and Methods»⁽¹⁾, sobre la naturaleza, origen, tecnología y posibilidades de tales investigaciones, como conducentes a la elevación moral de la aglomeración humana, ya que una vez conocida detalladamente, por escrupuloso

(1) Social Science Series—Columbia, Missouri—Octubre, 1919.

análisis hay base cierta para encastrarla a grandes fines materiales, intelectuales y morales, reparando daños o iniciando progresos. Y el profesor de la Universidad de Kansas M. C. Elmer, publicó sobre igual asunto su libro «Technique of Social Survey».

Frecuentemente, en los Estados Unidos, esos amplios trabajos, allí denominados «City Planning Reports», contienen una admirable investigación científica y gran número de ellos que se están realizando anuncian un espléndido porvenir para muchas ciudades de la vecina gran República, mereciendo citarse, por su mérito extraordinario, el «City Planning Report», sobre la ciudad de Portland, Estado de Oregon, publicado en 1919. Para este trabajo se organizó, en 1912, la «Greater Portland Plan Association», encomendando al eminente municipalista Edward H. Bennett, redactar un plan de mejoramiento y extensión de la ciudad, que hoy tiene sobre 150,000 habitantes, pero debiendo hacer sus cálculos y planes, sobre una población futura de dos millones de habitantes. El trabajo fué hecho con un admirable informe preliminar, publicándose una gran tirada, que se repartió gratuitamente, para preparar la opinión pública, ilustrada, además, en esto, por numerosas conferencias de expertos municipalistas y por artículos frecuentes en los periódicos. Y por último, fué sometido el plan de reformas de la ciudad a un referéndum del pueblo, que lo aprobó, con ciertas modificaciones de la «Portland Plan Commission», como organismo oficial responsable de la idea iniciada por la «Greater Portland Plan Association».

No es necesario decir que en ese plan general resultan estudiados y re-

Si desea usted calzado fino y elegante pase a la

Zapatería ROMERO

Situada 75 varas al Oeste de la Botica Francesa

— Teléfono 302 —

Será atendido personalmente por su propietario



UN ACCIDENTE

(Tomado de *El Mundo*, México, D.F.)

sueltos todos los problemas de mejoramiento y extensión del sistema de calles, establecimiento de avenidas circulares y arterias radiales, sobre la base de un magnífico centro cívico, estaciones centrales de ferrocarriles, de desembarque y de tranvías, centros de recreo, baños públicos, gimnasios, etc.; pero muy principalmente se plantea y resuelve el punto fundamental de casas para pobres, a cuyo fin se adopta la división de la ciudad en zonas, localizando separadamente las industrias, los establecimientos de comercio, los barrios residenciales de casas lujosas, todo en coordinación con espacios abiertos y parques para cada zona; prohibición, excepto en ciertos barrios, de establecer garages, trenes de lavado, etc., que rebajan el valor de las propiedades inmediatas: se regula la altura de los edificios, según el carácter de cada barrio y el ancho de las calles y avenidas, con prescripciones determinadas para evitar la congestión de habitantes en los suburbios.

Hay, pues, una segura perspectiva de que con el desarrollo de ese programa, que está en marcha, Portland será, a través de algunas generaciones, una ciudad maravillosa, que habrá elevado a gran altura la dignidad colectiva, y consiguientemente, el bienestar y la felicidad de sus habitantes.

Aun más trascendental, todavía, es el plan de reformas de Chicago, iniciado en 1909, por «The Commercial Club», en un famoso banquete, donde fueron los principales oradores los dos candidatos, en ese momento, a la presidencia de los Estados Unidos, Taft y Bryant, y también habló Charles D. Morton, que fue Secretario del Tesoro. Se creó, después, la «Chicago Plan Commission», siendo su presidente Charles H. Wacker y su director general, Walter D. Moody, que ha dedicado a esos trabajos un famoso libro ⁽¹⁾; siendo el alma y la inspiración científica de todo ese inmenso proyecto, un hombre genial, Daniel Hudson Burnham, no menos glorioso, en ese orden, para los Estados Unidos, que Hippodamus de Mileto, o Dinócrates, en la Grecia clásica, o el barón de Haussman y Colbert, en la Francia contemporánea. Entre otros detalles, ese plan contiene el engrandecimiento, la extensión y la apertura de calles, por más de 320 kilómetros; la creación de un sistema exterior de avenidas radiales y tres grandes paseos circulares; la desecación de 520 hectáreas de terrenos para construir parques en las riberas del lago Michigan; extender 8 kilómetros hacia el

(1) «What of the City», por Walter D. Moody. Chicago. A. C. Mc. Clurg, & Co. 1919.

Sur un parque antiguo de la ciudad, y también extender 8 kilómetros hacia el Norte, otro viejo parque, conectando ambos por una cadena de parques alrededor de Chicago; crear terrenos para juegos de niños en todas las secciones de la ciudad y relacionar éstas, entre sí, por un sistema general de boulevares; la reorganización completa de los medios de transporte por tierra y por agua, comprendiendo estaciones de viajeros y de mercancías de todos los ferrocarriles; la creación de un nuevo puerto con 14 kilómetros y medio de muelles y almacenes y el emplazamiento necesario para la construcción de un centro cívico con todos los edificios públicos del gobierno de la ciudad. Se comprenderá toda la importancia de Chicago que se acerca a cuatro millones de habitantes, creciendo cada año en más de setenta mil personas y siendo el centro ferrocarrilero mayor de América y tal vez del mundo.

Allí tuvieron los Estados Unidos la exposición universal de 1903, inspirada técnicamente por Daniel Hudson Burnham, y la visión encantadora de «la ciudad blanca», fué una sugestión para que todo eso se construyera con carácter de permanencia. Desde entonces muchos espíritus progresistas concurrían para darle realidad a esa idea, pero muy especialmente Burnham, que comenzó a hacer por alto los estudios del asunto, sustentando que así como ningún plan pequeño tiene el poder mágico de excitar la imaginación de los hombres, y por eso no se realiza sino rara vez, en cambio, los planes grandiosos, con aspiraciones muy altas en esperanzas y en trabajos, luego que se bosquejan convenientemente, nunca mueren, y a través del tiempo, algún día son una realidad, afirmándose ellos mismos con creciente insistencia. Ese programa de Chicago, que se está

EDICIONES

del «Repertorio Americano»

<i>Un capítulo de Sismondi</i>	0.15	oro am.
<i>Orientación Ideológica</i> . Por Luis López de Mesa.....	0.15	» »
<i>Colegio de Cartago</i> . Por Ricardo Jiménez.....	0.15	» »
<i>Pasteur y Metchnikoff</i> . Por C. Picado T.....	0.40	» »
<i>El Misticismo como instrumento de investigación de la Verdad</i> . Por R. Brenes Mesén.....	0.15	» »
<i>Discursos</i> . Por Mariano Aramburo y Machado. Con prólogo de José María Chacón y Calvo.....	0.15	» »
<i>Recogimiento</i> . Por Rogelio Sotela.....	0.30	» »
<i>La personalidad literaria de Ventura García Calderón</i> . Por Napoleón Pacheco.....	0.25	» »
José Ignacio Escobar: <i>Escritos</i> . Con prólogo del Dr. Diego Mendoza.....	0.15	» »
<i>Poetas Norteamericanos: Walt Whitman</i> . Por A. Torres Riosco.....	0.40	» »
<i>Cesarismo Teocrático</i> . Por Cornelio Hispano.....	0.20	» »
<i>Para los gorriónes</i> . Por Rubén Coto.....	0.40	» »
<i>La fuente sonora</i> . Por Ciana Valdés Roig.....	0.20	» »

realizando, no tiene precedente de mayor grandeza entre las concepciones humanas de ese género, en toda la historia del mundo.

Más o menos paralelamente con esos planes de Portland y de Chicago, hay muchas ciudades americanas desarrollando programas generales de ensanche y embellecimiento, algunos verdaderamente extraordinarios, entre ellos los de San Francisco, Filadelfia, Baltimore, Cleveland, Kansas, Detroit y Denver, cuyo centro cívico monumental, contiene—como sugestión muy hábil—una Corte de Honor, en forma de altísima columnata semi circular, para inscribir en cada columna, como legado a la posteridad, el nombre del ciudadano que quiera inmortalizarse con sus dádivas para el engrandecimiento de Denver.

La ilustre escritora Theodora Kimball, bibliotecaria de la antes referida Escuela de Arquitectura del Paisaje Urbano, en la Universidad de Harvard publica un excelente trabajo⁽¹⁾ sobre los grandes progresos de las ciudades norteamericanas, complementando una publicación del año 1917, sobre ese mismo asunto, del eminente ingeniero municipalista y presidente del «American Institute of Architects», George B. Ford. El sabio publicista, Dr. William Bennet Munro, profesor de Gobierno Municipal actualmente, en la Universidad de Harvard, publica, en 1915, la segunda edición de una nueva bibliografía sobre asuntos de esa materia, en los Estados Unidos⁽²⁾, que forma un voluminoso libro de 416 páginas, revelador del tremendo impulso científico y práctico que allí se observa sobre asuntos municipales.

(Concluirá).

(Revista Municipal, Habana).

(1) «Municipal Accomplishment in City Planning and Published City Plan Reports in the United States». Boston.

(2) «A Bibliography of Municipal Government in the United States». Harvard University Press, Cambridge, 1915.

En lo sucesivo—señores agentes y suscriptores de provincias—sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal*; que sin ello suelen perderse.

El costo del certificado, o del giro, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO

Cartas dantescas

Dedico estas evocaciones de la profunda obra dantesca a mi lejana amiga, la gentil señorita Lolita Notari, en San José de Costa Rica.

XII

COMPañERA inolvidable, hay nobleza doquiera existe virtud! exclama el Sumo Poeta en su canción tercera. La perfección de la propia naturaleza no se hereda sino cuando de nuestro más inmediato antepasado recibimos el anhelo profundo de ser virtuosos, hábito de elección que constituye la piedra fundamental de la felicidad humana.

La virtud lleva, sin dificultad alguna, a las delicias de la vida activa y a las excelencias de la existencia contemplativa simbolizadas, la una y la otra, en el relato bíblico, por Marta la hacendosa y por María, la delicada mujer que escucha, medita y encuentra en su reino interior muchas cosas que nunca supuso allí se escondieran: ¡maravilloso efecto del divino Amor!

Así como el púrpuro es un color mixto de purpúreo y de negro, así la virtud, cualquiera que ella sea, moral o intelectual, es una mezcla de nobleza y de pasión en la que aquella predomina así como en el púrpuro el negro se acentúa más: por eso la divina semilla de la virtud no cae ni se desarrolla en el alma de la estirpe sino en el corazón de cada uno de los individuos que, pertenecientes a esa estirpe predilecta, sintieron hondo cariño por la bendita y divina infusión que recibieron: simiente de felicidad que brota solamente en las almas por Dios bien dotadas.

En todos nosotros, en los buenos y en los malvados, existe ese principio de todo bien que se llama nobleza. Lo repite Dante así como Pitágoras antes de él lo afirmara: ese acervo de virtud intelectual latente que todos llevamos en nuestro reino interior es lo que de divino tenemos los humanos; tal es la inefable caridad del Grande Arquitecto del Universo, como llamaba a Dios la bondadosa alma que, con sus sabios consejos y con sus viriles ejemplos, dirigió mis primeros pasos en esta vida que amo con intenso frenesí lo mismo que adoro la muerte enigmática que con mi padre y con mi madre inolvidables ha de unirme en la eternidad.

No creas, por estas últimas palabras, que ansé la muerte; no, eso nunca; me salva de esa ínfima vileza el recordar lo que Salomón ordena a todos y a cada uno, en el vigésimo segundo

capítulo de sus profundos Proverbios: «¡No traspasarás los antiguos límites que tus padres fijaron!» Por otra parte, me he hecho a la idea de que las contrariedades de la vida, las aparentes injusticias de la existencia no son sino justas reprensiones que desde lo alto se nos hacen para que busquemos el sendero de perfección por donde quieren que, siempre, caminemos.

Estoy, ya lo sabes, en la edad templada y fuerte, amorosa y leal: mi deber es ahora acatar y poner en obra lo que las leyes morales disponen; en ello me complazco así como Eneas se complacía en seguir las costumbres adoptadas al recompensar ampliamente a cada uno de los vencedores en los juegos con los que quiso honrar la tumba sagrada de Anquises.

Al concluir mi vida, repitiendo la frase profunda de Marzia a Catón, que el poeta Lucano recuerda en su Farsalia, espero decirle con íntima satisfacción: «Acaté y cumplí todos tus mandatos!»

Con esta promesa cierro mi décima segunda carta, inspirada toda ella en la canción dantesca que empieza: *Las dulces rimas de amor que solía buscar en mis pensamientos...*

Te abraza con simpatía,

FIORENZA DELL'ARNO

En Módena, bajo la protección augusta de la Ghirlandina.

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de donde proceden.

Más ejemplares de la nueva obra

POR EL ATAJO...

del famoso poeta colombiano

LUIS C. LOPEZ

hemos recibido para la venta.

Precio del ejemplar: ₡ 5-00.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.